



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Iztapalapa

**La Guerra y el Estado Moderno en el pensamiento
político de Nicolás Maquiavelo**

T E S I N A

QUE PRESENTA

Israel Michell Martínez Martínez

MATRICULA: 2133050023

Para acreditar el requisito del trabajo terminal
y optar al título de

LICENCIADO EN CIENCIA POLITICA

Dra. Antonella Attili Cardamone

Mtra. Martha E. Bañuelos Cárdenas

ASESOR

LECTOR

Iztapalapa, Ciudad de México, 09 de enero de 2019



Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA – Unidad *Iztapalapa*
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGIA-COORDINACIÓN DE CIENCIA POLÍTICA

D I C T A M E N

Después de examinar este documento final presentado por el (la) (s) alumno (a) (s)

ISRAEL MICHELL MARTÍNEZ MARTÍNEZ,

matrícula(s) 2133050023 con el título de

LA GUERRA Y EL ESTADO MODERNO EN EL PENSAMIENTO DE NICOLÁS MAQUIAVELO


se consideró que reúne las condiciones de forma y contenido para ser aprobado como conclusión de la Tesina o Trabajo Terminal, correspondiente a la Licenciatura en Ciencia Política que se imparte en esta Unidad.

Con lo cual se cubre el requisito establecido en la Licenciatura para aprobar el Seminario de Investigación III y acreditar la totalidad de los estudios que indica el Plan de Estudios vigente.

Asesora


DRA. ANTONELLA ATTILI CARDAMONE

Lectora


MTRA. MARTHA E. BAÑUELOS CARDENAS

Fecha 9 DE ENERO DEL 2019 Trim: 18.O No. Registro de Tesina: MM/20180

UNIDAD *Iztapalapa*

Av. Michoacán y la Purísima, Col. Vicentina, 09340, México, D. F., Tels.: 5804-4600 y 5804-4898, Tel. y Fax: [01-55] 5804-4793

“Cuando la fortuna nos ha quitado un amigo, otro remedio no existe sino el de tratar de gozar todo lo posible la memoria de él y hacer tesoro de aquello que por él hubiese sido dicho con agudeza o tratado con sabiduría”.

Maquiavelo

A la memoria de Omar Rosendo Galicia Mesa, amigo, colega y maestro.

Índice

Introducción	6
Capítulo I Maquiavelo y su tiempo.....	10
A) Niccolò Macchiavelli, Secretario, Analista y Estratega Florentino	11
B) Contexto Histórico	15
B.I) Europa y la Época Moderna	15
B.II) Italia	18
B.III) Florencia.....	19
C) Macchiavelli y la comprensión de lo político	21
D) Conclusiones del capítulo	23
Capítulo II Conceptos teórico políticos y teórico militares de la obra de Macchiavelli	24
A) Conceptos Políticos	25
A.I) El Saber Histórico del político moderno.....	26
A.II) El Saber Práctico del político moderno.....	28
A.III) Naturaleza Humana.....	30
A.IV) Fortuna	33
A.V) Virtud	37
B) Conceptos Bélicos.....	40
B.I) Guerra.....	41
B.II) Tropas.....	45
B.II.I) Mercenarias	45
B.II.II) Auxiliares	46
B.II.III) Mixtas	47
B.II.IV) Nacionales.....	47
C) Política y poder en Macchiavelli.....	49

D) Conclusiones del capítulo	50
Capítulo III El Arte de la Guerra en la Teoría Política de Macchiavelli	51
A) El <i>príncipe</i> , arquetipo del moderno hombre de Estado	53
B) Tipología de Principados.....	54
B.I) El <i>príncipe</i> , gobernante y estratega	59
C) La fuerza armada y el Arte de la guerra	61
C.I) La organización de las tropas	62
C.I.I) Elección o Reclutamiento	62
C.I.II) Infantería y caballería.....	63
C.I.III) Tecnología y armamento.....	65
C.I.IV) Disciplina o valentía	68
C.I.V) El general	70
D) Ejércitos Modernos y Guerra en la formación del Estado Moderno	72
D.I) La soberanía, secularización y centralización del poder político	73
D.I.I) El soberano y la guerra.....	80
D.I.II) La guerra como instrumento político	81
D.II) Soberanía y Estado Moderno	83
E) Conclusiones del capítulo	85
Conclusiones Generales	87
BIBLIOGRAFÍA.....	89
Fuentes Electrónicas	92

Introducción

Ya sea a través de literatura, la historia, la filosofía, e incluso, la Ciencia Política, la guerra se ha posicionado como un objeto de estudio multidisciplinario y complejo, no sólo por el despliegue de tropas, recursos y tecnologías, también, por la reestructuración política, económica y social de los Estados beligerantes. En efecto, en aras de expandir el territorio o defenderlo de otros Estados, la guerra se convierte en el instrumento político más necesario, particularmente, para aquellos que ejercen el poder político.

Desde la Ciencia Política, el fenómeno bélico se comprende desde diversas aristas y teorías, entre las que destaca la Teoría de la Guerra. Dicha teoría, además de estudiar los motivos, las condiciones y los efectos de un conflicto bélico, estudia la instrumentalización política de la guerra como uno de los principales recursos del político para conservar o expandir su poder, a través de un ejército nacional que haga frente a una amenaza política o militar, ya sea interna o externa. Entre los teóricos más destacados de esta postura, se encuentran: Sun-Tzu, teórico y militar chino del siglo IV A.C., autor del *Arte de la Guerra*, Niccolò Macchiavelli, Secretario de la Segunda Cancillería de Florencia y autor de *El Príncipe* y el *Arte de la Guerra*, y Karl Von Clausewitz, notable militar del ejército prusiano y autor de la elogiada obra, *De la Guerra*.

De entre los teóricos anteriormente mencionados, elegimos a Macchiavelli por dos razones: la admiración por su tiempo, el *Cinquecento*, y su pensamiento político, sustentado en la teoría y la praxis política.

En la presente tesina, nos proponemos afirmar la relación Guerra-Estado en el pensamiento político de Macchiavelli, así como su impacto en la teoría política moderna a través de los postulados esenciales de la teoría política de uno sus “alumnos” más brillantes, Thomas Hobbes. Para ello, vincularemos los contenidos de la teoría política y la teoría militar de Macchiavelli y Hobbes, con los procesos histórico-políticos que consolidaron el Estado Moderno, así como las nuevas atribuciones del poder soberano.

En el primer capítulo, destacamos las legaciones militares de Macchiavelli como Secretario de la Cancillería de Florencia. De esta forma, podremos comprender las experiencias que motivaron a nuestro autor a pugnar por la creación de una milicia nacional que defendiese los intereses del Estado italiano. En seguida, resaltamos algunos pasajes de su obra que vinculan la Guerra y el Estado, haciendo énfasis en el *Arte de la Guerra* y su relación con el texto homónimo de Sun-Tzu. Con ello, podremos apreciar la originalidad de nuestro autor en la temática que estudiamos. Posteriormente, en el Contexto Histórico, presentamos los procesos que conformaron la Época Moderna en Europa. Observaremos como la invención de la imprenta, el Renacimiento, la Reforma, la expansión mercantil y el empoderamiento de la burguesía como clase social, fueron los elementos que dieron pauta a la creación del Estado Moderno. Luego, exponemos la situación política que atravesaban la Italia y Florencia de finales del siglo XV y principios del siglo XVI. En el cuarto apartado, tratamos la forma en que Macchiavelli concibió lo político, esto es, como un saber autónomo, realista y científico que se nutre de la historia y la praxis política.

En el segundo capítulo, explicamos los conceptos que utilizaremos a lo largo de la tesina. Comenzamos con las nociones de “Saber Práctico” y “Saber Histórico”, que se refieren a los conocimientos que debe adquirir un *príncipe* de la lectura, análisis e imitación de los hechos históricos. Continuamos con los conceptos “Naturaleza Humana”, “Virtud” y “Fortuna”. Finalmente, desarrollamos los conceptos militares, comenzando con la “Guerra”, situando sus características primero, como *arte* y luego, como medio o instrumento para alcanzar, conservar o expandir el poder. De igual forma, comprenderemos que la guerra, por su fuerza destructiva, no puede articularse con despotismo, es decir, como único recurso para dirimir una disputa política. Para esto nos apoyaremos brevemente del texto *De la guerra* de Karl Von Clausewitz, además de las observaciones del escritor florentino sobre los dos tipos de guerra que existen. Posteriormente, estudiamos los diferentes tipos de tropas de las que puede servirse el moderno hombre de Estado: Nacionales, Mercenarias, Auxiliares y Mixtas, ubicando entre estas, las más útiles.

En el tercer capítulo, presentamos los componentes del ejercicio de la guerra. Iniciamos con un breve análisis sobre la figura del *príncipe*, examinando su labor como regente del Estado, y principal ejecutor del ejercicio de la guerra. Luego, presentamos una tipología de principados, donde se enmarcan las características de cada uno. Posteriormente, exponemos los elementos que el *príncipe* debe observar y practicar en el *Arte de la Guerra*. En el último apartado, enunciamos las características de la soberanía para comprender la transformación y centralización del poder político, resaltando las atribuciones del soberano en materia bélica, así como la instrumentalización política de la guerra. Por último, vinculamos la soberanía a la consolidación del Estado Moderno.

En la sección de conclusiones, comprenderemos que el mundo moderno tanto en la política como en la guerra, debe mucho a la obra del escritor florentino, pues a través de esta, se inició una nueva etapa histórica, política y hasta científica del mundo, que aunque siguió con la obra Thomas Hobbes, muestra su vigencia más allá de los siglos, influyendo en el pensamiento sociológico y político de otros grandes pensadores.

Las principales fuentes bibliográficas que empleamos para esta investigación son *El Príncipe*, *El Arte de la Guerra*, y los *Discursos Sobre la Primera Década de Tito Livio*. En la parte biográfica e histórica de la tesina, utilizamos bibliografía que distintos autores han elaborado sobre la vida y obra de Maquiavelo. En lo concerniente al *Arte de la Guerra*, además de la obra del escritor florentino, nos apoyamos en los textos: el *Arte de la Guerra* de Sun-Tzu y *De la Guerra*, de Karl Von Clausewitz. Para el último apartado de la tesina, utilizamos algunos pasajes del *Leviatán* de Thomas Hobbes.

Agradecimientos

Agradezco a la Dra. Antonella por la atención, la amabilidad, la paciencia y las sugerencias para relacionar y comprender mejor, las teorías políticas de dos grandes filósofos.

A mi lectora, Mtra. Martha Bañuelos, por su confianza y pronto apoyo para culminación del presente trabajo.

A los profesores, Marco Antonio Ibáñez y Josefina Maldonado Montes, por sus amenas y enriquecedoras cátedras que despertaron en mí, el interés por la teoría política.

A mis padres Israel y Lorena, a mis hermanos Axel y Jaxiri, a mis abuelos Ana y Mauro, por forjar e iluminar mi camino, mi espíritu y mi éxito.

A mis amigos y a mis compañeros en el estudio y en las “armas”: Alberto, Enrique, Josef, Samira, Julio, Roxana, Sol, Fany, Aly y Elena, por su apoyo incondicional, por su sencillez y sobre todo, por compartir conmigo, su comprensión tan singular del mundo y la política.

Y al Equipo de Debate de la UAM-I, por permitirme experimentar, estudiar y comprender la política nacional e internacional, más allá de las aulas de clase.

A todos, muchas gracias.

Capítulo I

Maquiavelo y su tiempo

“Maquiavelo es un hombre ligado, como pocos otros, a su tiempo y a sus circunstancias; pero es justamente porque en su tiempo nace el mundo en el que seguimos viviendo, por lo que su obra sigue siendo tan nuestra y tan profundamente actual”

Córdova, A. Política y Estado Nacional en Maquiavelo

Qué podríamos decir, que no se haya dicho antes, sobre uno de los hombres más notables e influyentes del *Cinquecento*. Aún, cuando esta investigación se ocupara de su vida o su tiempo, no alcanzaría más que para elaborar un bosquejo de uno u otro. Pero, si atendemos al propósito de nuestra investigación, conoceremos una de las facetas más importantes de la vida del escritor florentino, esta es, su etapa como estratega y teórico militar.

Por lo anterior, en este primer capítulo, examinaremos algunas de sus más notables labores militares, además de los procesos históricos y políticos que integraron su época y su pensamiento político.

A) Niccolò Macchiavelli, Secretario, Analista y Estratega Florentino

Niccolò di Bernardi dei Macchiavelli nació el 3 de Mayo de 1469, en el seno de una familia florentina de cierto renombre, pero con dificultades económicas que limitaron su educación, mas no su potencial intelectual y político, pues a los 29 años fue nombrado Secretario de la Segunda Cancillería de los Diez de Valía, cargo que ejerció desde del 19 de Junio de 1498¹ hasta el fatídico noviembre de 1512.

Desde la Segunda Cancillería, Macchiavelli acometió variadas misiones, que incluyeron: la redacción de informes para el Consejo de Florencia, la asesoría a magistrados de la República, hasta la toma de ciudades.

A partir de estas misiones, Macchiavelli comprendió que la fortaleza de Estados como España, Alemania y Francia,² se debía tanto a las decisiones de sus estadistas como a sus instituciones políticas y militares.³

“Fijando la atención en Europa se verá que está llena de repúblicas y monarquías, temerosas unas de otras y obligadas por ello a mantener en vigor las instituciones militares y a honrar a los que en ellas adquieren fama [...]”.

En efecto, consciente del poder militar de los *bárbaros* –invasores españoles y franceses- que asediaban Italia, y testigo del fallido intento por recuperar Pisa en 1506,⁴ Macchiavelli reafirmó la urgencia de un ejército italiano, que prescindiera de tropas mercenarias, combatiera a los extranjeros, unificara al Estado y lo defendiera de otras amenazas en el futuro.

Pero, ¿cómo podría crearse un ejército nacional, si cada ciudad veía por sus propios intereses, aliándose ahora con Francia, o luego con España? ¿Quién

¹ “Reunían las funciones de un Ministerio de la Guerra, y en parte, de un Ministerio del interior” (Villari, Pasquale, *Maquiavelo Su vida y su tiempo*, Colección Biografía Gadesa, Grijalbo, Barcelona, p. 13).

² Sobre el resultado de sus misiones a Alemania y Francia véase, “Tres informes sobre Alemania” y “Dos informes sobre Francia” en Maquiavelo, Nicolás, *Escritos políticos y vida de Castruccio Castracani*, Seminario de Cultura Mexicana, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1991, pp. 101-143

³ Maquiavelo, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, Biblioteca de Grandes Pensadores, trad. Luis Navarro, Gredos, Madrid, 2011, Libro II, p. 148.

⁴ “Cada vez que tuvo que visitar el campamento se afirmó esta idea, pues fue testigo de la insubordinación, la insolencia y la mala fe de los aventureros a quien se veían obligados los magistrados a confiar la seguridad del país” (Villari, P., *Op. cit.*, p. 114)

financiaría un ejército de esa proporción, cuando los príncipes italianos debían su protección a las tropas mercenarias? Y más importante aún, ¿quiénes conformarían las fuerzas de este ejército?

El proyecto parecía una tarea imposible e irrealizable. Quizás, era tiempo de que Italia y sus ciudades se perdieran entre los reinos de España y Francia, o quizás, era el momento ideal para responder militarmente, a través de una “milicia ciudadana”:⁵

“(…) no conforme a la que tiene el rey de Francia, [ni] tan peligrosa y mala como la nuestra, sino semejante a la de los antiguos, que organizaba la caballería con súbditos suyos, y, hecha la paz, enviaban a los soldados a sus casas, a ocuparse en sus oficios [..]”.⁶

La milicia ciudadana que proponía el secretario florentino además de retomar un antiguo ordenamiento, se fundaba en el furor patriótico⁷ que albergaban los ciudadanos de Florencia e Italia, por poseer un Estado libre y fuerte.

No obstante, la propuesta de Macchiavelli fue duramente criticada, dada la confianza que debía depositarse en los campesinos para manejar las armas. Pese a ello, el Secretario Florentino insistió, que en casos de división política – característico de la Italia, de finales del siglo XV- la instauración de una milicia ciudadana terminaría con la inestabilidad y las luchas intestinas.⁸

Finalmente, tras recibir el apoyo del gonfaloniero Piero Soderini,⁹ el proyecto militar de Macchiavelli sería aprobado por el Gran Consejo el 6 de Diciembre de 1506 bajo el nombre de los *Nueve de la Milicia*, compuesto por 13 cancilleres. Entre estos cancilleres, se encontraba nuestro autor, que además de sus labores como Secretario, se ocupó del reclutamiento de soldados de infantería y la elección de capitanes de las bandas.

⁵ “El sueño de Maquiavelo sería en lo sucesivo dar a Florencia, y luego tal vez a Italia, un ejército propio y con él la fuerza que ahora le faltaba y la dignidad política que nunca poseen los Estados débiles” (*Loc. cit.*)

⁶ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro I, p. 109

⁷ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Biblioteca de Grandes Pensadores, trad. Antonio Hermosa Andújar, Gredos, Madrid, 2011, Cap. XXVI, p. 89.

⁸ *Loc. cit.*

⁹ Villari, P., *Op. cit.*, p. 118

Los resultados de esta milicia no se hicieron esperar, pues el 6 de junio de 1509, de mano de ésta y de una estrategia de desgaste,¹⁰ Machiavelli tomó la ciudad de Pisa. Hazaña con la que obtuvo un amplio reconocimiento de colegas y políticos.¹¹

Sin embargo, el aparente logro de la milicia ciudadana sería opacado con su aparatosa derrota¹² ante el embate de los ejércitos españoles al servicio de los Médici, el 14 de septiembre de 1512.

Con el retorno de los Médici, Macchiavelli sería: depuesto de su cargo dos meses más tarde, desterrado de Florencia y confinado a los espacios de su finca en San Casciano, donde permaneció firme a su deseo de retornar a la política práctica, pensando en cómo comprobar y convencer, a los nuevos gobernantes de Florencia, de su utilidad y erudición respecto a la cosa pública. Respuesta que Machiavelli encontró -tras ser alentado por algunas amistades- en la escritura y reflexión de sus conocimientos y experiencias sobre el mundo antiguo, la política y la guerra. Disquisiciones y escritos, que más tarde se convertirían en grandes obras: los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* (1513-1518), *El Príncipe* (1513) y el *Arte de la Guerra* (1520).

Aunque el objetivo de nuestro no pudo realizarse, sino hasta casi una década después, realizando trabajos menores para el Papa León X, sus obras como su furor patriótico, no sólo exhortan e instruyen a príncipes, también, a los ciudadanos y a todo lector, a la fundación o reconstrucción de un auténtico, libre e independiente, Estado italiano. Objetivo que se alcanzaría, librándose primero, de los *bárbaros* y luego, de los sediciosos y codiciosos “notables” que impedían su

¹⁰ Mandó construir un dique a través del río Arno, impidiendo el abastecimiento de víveres y tropas a la ciudad.

¹¹ Villari, P., *Op. cit.*, pp. 156-157.

¹² Véase, Cardiel Reyes, Raúl, “Estudio preliminar” en “Dos ordenanzas para instruir milicias nacionales en la República Florentina”, en Maquiavelo, N., *Escritos Políticos...*, p. 75. Donde se expone que la derrota de estas tropas se debió a la contratación de “súbditos”, hombres que pertenecían a territorios controlados por Florencia, que no tenían derechos políticos pero si obligaciones militares, que desatendieron apenas se presentó el peligro español. No obstante, esta experiencia sirvió a Macchiavelli para rectificar su error y reiterar en sus obras, la urgencia de un ejército constituido por propios ciudadanos antes que por extraños o simples mercenarios.

unificación. Cosa que se lograría, una vez que la guerra quedase en manos del Estado y no en manos de particulares con intereses monetarios antes que patrióticos, pues quien sino ellos, fueran culpables de la ruina de Italia, al entregarla a los invasores extranjeros.

Por ello, Macchiavelli insiste en que todo aquel que ejerza el poder nunca olvide el valioso servicio que puede prestarle la milicia y la guerra para su Estado, pues comprenden el pilar en que ha de descansar todo su régimen político. Advertencia, insistencia o exhorto, que puede verse enmarcado en toda su obra política, pero que toma mayor profundidad en el *Arte de la Guerra*. Obra que dividida en siete libros, estudia y compara la organización de los ejércitos antiguos con los modernos, proponiendo una organización más eficaz de estos últimos en función del éxito de los primeros.¹³

Aún con esta insistencia, resulta interesante que el escritor florentino fuese el único¹⁴ en su tiempo en advertir la estrecha relación de la guerra con respecto a la política. Y más interesante resulta, que aun con las barreras del tiempo y del lenguaje, coincidió con el teórico chino Sun-Tzu,¹⁵ al resaltar la importancia de la guerra en el Estado desde el comienzo de su obra:

“La guerra es una cosa de importancia vital al Estado es la provincia de vida o muerte, el camino a sobrevivir o la ruina, es necesario que sea estudiado profundamente”.¹⁶

Es oportuno mencionar, que pese a la originalidad y coincidencia de ambos de teóricos, sus obras son producto y elemento a su vez, del tiempo en que fueron redactadas. En el caso del teórico chino, comenzaba la era de los Estados en

¹³ Cfr. Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro VII, p. 238.

¹⁴ “(...) Maquiavelo fue el primero que intentó la formulación de una teoría lógica y científica de la táctica empleada en las guerras de su época, y de desarrollarlas en la medida de lo posible (...) tal como el libro está redactado, sirve para demostrar, de acuerdo con la opinión de los expertos más autorizados, que el fundador de la ciencia de la política es también “el primero de los clásicos modernos sobre temas militares” [...]. (Villari, P., *Op. cit.*, p. 301)

¹⁵ La obra de Sun Tzu no fue conocida en Europa, sino hasta 1772, cuando el padre J. J. Amiot, elaboró una interpretación del *Arte de la Guerra* al francés. (Cfr. Tzu, Sun, “Prefacio”, en *El Arte de la Guerra*, Biblioteca del Oficial Mexicano, trad. Samuel B. Griffith, SDN, 1997, p. XII)

¹⁶ Tzu, Sun, Cap. I, “Estimaciones”, en *El Arte de la Guerra*, *Op. cit.*, p. 59.

Guerra, mientras que en el caso de Macchiavelli, finalizaba la Época Medieval y comenzaba, la Época Moderna.

B) Contexto Histórico

B.I) Europa y la Época Moderna

La Época Moderna o el “nuevo tiempo”,¹⁷ lienzo histórico de personajes y acontecimientos, comprende tres grandes ámbitos: *sociales*, -con el Renacimiento y la Reforma- *económicos*, -con la expansión de los mercados, el descubrimiento de América y el desplazamiento de los principales centros comerciales, y con ello, el desarrollo de la burguesía como clase social- y *políticos*, -con la autonomía de la política tras la ruptura con la norma religiosa y el nacimiento del Estado Moderno- estos, van desde la tercera década del siglo XV, a mediados del siglo XVII.

En el ámbito social, la invención de la imprenta (1436), el nacimiento del libro, el uso de la brújula, y el de la pólvora con fines militares, sentaron las bases de una transformación cultural sin precedentes. El Renacimiento, se presenta entonces, como respuesta a los valores escolásticos que regían la vida y la razón. Concluía el tiempo en que la Iglesia, dueña absoluta del conocimiento, educaba a los intelectuales en claustros. El humanismo, y su profunda admiración por la Antigüedad, forma en adelante, las mentes de artistas, científicos, historiadores, filósofos y literatos, que ocupan su tiempo en el estudio de los clásicos, la libre interpretación de la biblia y las ciencias naturales.

A partir de entonces, el hombre moderno a través de la razón, desarrolló sus facultades a partir de sí y para sí mismo, y no en servicio de un ente o voluntad superior. La libertad de investigar, pensar y criticar del hombre renacentista, puso en jaque al sistema político (feudalismo) y moral (la Iglesia), cuestionando la

¹⁷ Salles, Vania, “Modernidad” en Baca Olamendi, L., Bokser Liwerant, J., *et. al.*, (comp.), *Léxico de Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, p. 437.

autoridad y capacidad del primero, y la corrupción de la segunda, mediante la Reforma.

Efectivamente, la Reforma, a diferencia del Renacimiento, promovió la renovación de la fe. Para ello, Martín Lutero pugnó por la creación de una iglesia, - la Iglesia Protestante- que promoviera los valores cristianos, fuese libre del celibato, la vida ascética y la corrupción con la que había operado la iglesia católica. Empero, la creación de esta iglesia, a diferencia de la católica, no tendría el control del Estado, sino al contrario, sería la religión del Estado,¹⁸ presente en Alemania, luego en Francia y más tarde, en Inglaterra, con su propia religión de Estado, el Calvinismo.

En materia económica, con la caída de Constantinopla (1473) y el posterior cierre de los mercados en medio oriente, se desarrollaron nuevas rutas comerciales que tendrían por ápice el descubrimiento de América en 1492. Este suceso benefició principalmente a Portugal y España al exportar metales preciosos y especias del Nuevo Mundo a Europa, fortaleciendo con ello, su posición económica y política ante el mundo. Con el éxito de estas expediciones, el resto de los países europeos promovieron una expansión marítima y comercial para competir con España y Portugal. A consecuencia de esto, el principal centro naviero y comercial del mundo se desplaza de Venecia a Amberes.¹⁹

A partir de esta expansión comercial, aparecen los banqueros, y una nueva clase social, la burguesía. Conscientes del debilitamiento del sistema feudal y eclesiástico, los comerciantes y la burguesía, presionaron a los soberanos de cada Estado para obtener libertades en la circulación de sus mercancías. Finalmente, estas exigencias derivaron en normas como el *just mercatorum*:

“(...) que consistió en la aceptación de un conjunto de usos surgidos del trato de los comerciantes en sus transacciones (...) Esta jurisdicción que hizo de la burguesía una casta internacional sujeta a sus propias normas, acabó por ser permanente y

¹⁸ Pirenne, Henri, “El Renacimiento y la Reforma”, en “La Reforma” *Historia de Europa: Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, trad. Juan José Domenchina, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 422.

¹⁹ *Ibidem*, p. 387.

obtuvo el reconocimiento del poder público, hecho que relajó la estructura comunal y dio lugar a un nuevo régimen [...]”.²⁰

En el ámbito político, la crisis eclesiástica -producto del cisma Reformista-, y la crisis del sistema feudal -con el ascenso de la burguesía- minaron la estructura del Estado Medieval.

La religión, máximo referente del poder terrenal y extraterrenal, sería desplazada a un segundo plano, pues tanto en lo intelectual como en lo político, perderá presencia y control. El conocimiento, anteriormente monopolizado por la iglesia comenzará a universalizarse, haciendo que menos hombres se interesen en la educación eclesiástica que limitaba y sesgaba su pensamiento.²¹ La política no será la excepción, pues deja de ser objeto de regulaciones extraterrenales que impidan su estudio, análisis y praxis como un saber autónomo y secular.

La autonomía que adquirió la política, a partir de entonces, es producto de la obra de Macchiavelli.²² Justamente, en su obra, el escritor florentino comprende la política desde una visión realista, donde los Estados ideales o perfectos no tienen cabida,²³ puesto que los hechos históricos muestran que el nacimiento y caída de Estados y civilizaciones, son resultado de las acciones que distintos hombres emprendieron para alcanzar la gloria, el poder o la riqueza.

Por ello, la política moderna se comprenderá desde lo terrenal, es decir, desde las acciones del político como único responsable del Estado, tras prescindir de los ordenamientos teológicos de la Iglesia que trascendían y minaban su autoridad.²⁴

²⁰ Salazar Mallén, Rubén, “Capítulo XI” en *Desarrollo Histórico del Pensamiento Político I*, Serie Estudios 15, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 4ª ed., México, 1984, p. 106.

²¹ Cfr. Pirenne, Henri., *Op. cit.*, p. 375

²² Cfr. Salazar Mallén, R., *Op. cit.*, p. 106.

²³ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XV, p.51

²⁴ El clero, fundaba la razón de su doctrina en la concepción de los valores fundamentales del hombre y de su mundo "bien común", que proponía la obra de Santo Tomás de Aquino, ampliada posteriormente, por Egidio Romano, quien le otorgaría al Papa un poder universal tanto en lo espiritual como en lo terrenal. (Cfr. Albertoni, A. Ettore, *Op. cit.*, p. 56)

En adelante, la política moderna será autónoma, secular e incluso, instrumental, al componerse de una serie de medidas y comportamientos que el político moderno deberá adoptar o imitar, para alcanzar o conservar su poder.²⁵ Estas medidas o comportamientos las deberá extraer de las lecturas históricas y la experiencia política con su propio pueblo.

Pero, controlar y comprender la política desde lo secular y lo instrumental, requería de una figura que centralizara, además, el disgregado y endeble poder político de los feudos. Esta figura sería el soberano, máximo representante del poder político y el Estado Moderno, que poseería distintas y concentradas atribuciones, que irían desde el ejercicio de la guerra, la impartición de justicia, la impresión de moneda, hasta la fijación de aranceles al comercio exterior.

Sin embargo, de las características del Estado Moderno y de las atribuciones políticas y militares del soberano, nos ocuparemos en el cuarto apartado de nuestro trabajo. Ahora bien, es tiempo de hacer referencia a las problemáticas de Italia y Florencia, pues a partir de ellas, el escritor florentino resaltará la inmanencia de la guerra en el Estado.

B.II) Italia

A diferencia de Francia, Inglaterra, Portugal o España, la Italia de finales del siglo XV y principios del XVI, vivía momentos de tensión y conflicto, producto del enfrentamiento entre ciudades, familias, e intereses políticos, que se potenciaron a partir de la invasión francesa a Milán en 1494.

Previo a la invasión francesa, los Estados italianos se manejaron bajo una política de equilibrio, -instaurada el 9 de Abril de 1454-²⁶ en la que se abstenían del

²⁵ “Es el arte de saber adecuar los medios necesarios para determinados fines en específicas situaciones” (Attili, Antonella, “La política como instrumento” en “Política y poder: la novedad moderna”, en *Artificium Categorías de la política moderna*, Colección Filosofía y cultura contemporánea, N° 43, Ediciones Coyoacán, México, 2009, p. 71)

²⁶ La Paz de Lodi, garantizaba una relación armónica entre el Duque de Milán, las repúblicas de Venecia y Florencia, la autoridad papal, representada en ese momento por Nicolás V, Alfonso Aragón rey de Sicilia, además, del reino de Nápoles.

uso de la guerra y la violencia para arreglar sus diferencias. Pero esta medida tampoco sería suficiente para contener la cruenta lucha por el poder que había emprendido la nobleza, los comerciantes (*popolo grasso*), políticos y obispos. Luchas, conjuras, disputas y rebeliones, que dejaron de lado, aquello que debió ser materia de interés general, la creación de tropas nacionales.²⁷

Y es que, desde mediados del siglo XIV, la defensa de Italia, había pasado de un oficio público ejecutado por la nobleza,²⁸ a uno particular, a cargo de un mercenario o contratista,²⁹ que sufragaba los primeros gastos de los ejercicios militares, así como la contratación de tropas extranjeras, *v. gr.* Alemania con los *landsknechten* (lasquenetes)³⁰ y en Italia, con los *condottieri*.

Desprovista de defensas y dividida por conflictos políticos, Italia fue presa fácil de los intereses de Carlos VIII, quien invadió Milán en 1494, dando inicio, al sangriento período de guerras intestinas, auspiciadas por el reino francés, (luego del ascenso y coronación de Luis XII), y el reino español, en manos de Fernando VII. De entre los estados que conformaban el territorio italiano, sólo Venecia conservaría su autonomía e influencia.

B.III) Florencia

El panorama político no era más alentador en Florencia. Con la expulsión de la familia Médici, -gobernantes de 1434 a 1494- el gobierno de la ciudad se organizó en una república conducida por un Consejo Mayor, que rápidamente entabló una alianza con Francia para impedir la invasión y atender los asuntos que demandaban mayor atención, como la reconquista de Pisa y las amenazas de César Borgia, -hijo del Papa Alejandro VI- para disolver el gobierno republicano.

²⁷ Albertoni, A. Ettore, *Op. cit.*, pp. 97-98.

²⁸ "(...) la nobleza italiana, en el transcurso del siglo XIV, se aleja de la profesión de las armas, perdiendo de este modo la razón de ser de su constitución como clase distinta y privilegiada" (Pirenne, H., *Op. cit.*, p. 372).

²⁹ NIEBAS, FABLIAN, "La forma de la guerra en el absolutismo", en *Cuadernos de Marte*, Año 1, N° 0, Mayo 2010, p. 23.

³⁰ *Loc. cit.*

Para mantener la guerra contra Pisa y la paz, con el “Duque de Valentino” los Diez de Guerra, enviaron embajadores (*mandatorii*) para representar los intereses de la República. Dentro del cuerpo de embajadores al servicio de los Diez, se encontraba nuestro autor, Niccolò Macchiavelli.

El escritor florentino mantuvo correspondencia constante con los Diez de Valía, informando en todo momento, sobre los resultados de sus misiones ante Catalina Sforza (1499), Luis XII de Francia (1500), Maximiliano I de Habsburgo (1507), y especialmente, ante César Borgia (1502-1503), para negociar un acuerdo de no agresión hacia Florencia.

Posteriormente, al redactar su obra, el escritor florentino condensó sus experiencias político-militares con la lectura de los antiguos. De esta forma, Macchiavelli concluye que la frágil situación de Italia y Florencia respondía, (además de la fallida misión de la iglesia católica³¹ y del uso de tropas mercenarias)³² al comportamiento corrupto e indiferente de los príncipes italianos.

Por desgracia, Macchiavelli reafirmó en sus últimos días, las consecuencias que traería el comportamiento de los príncipes, puesto que Florencia sería víctima de saqueos a manos de españoles. Hecho que se conoció como el *saco de Roma*, acontecimiento que perturbó grandemente a nuestro autor, que ya por entonces padecía una fuerte enfermedad que terminaría por cobrar su vida un 22 junio de 1527.³³

³¹ Maquiavelo, N., *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Biblioteca de Grandes Pensadores, trad. Luis Navarro, Gredos, Madrid, 2011, Libro I, Cap. XII, p. 298.

³² Cfr. Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XII, p. 41.

³³ Villari, P. *Op. cit.*, p. 466

C) Macchiavelli y la comprensión de lo político

A través de su obra, el escritor florentino describió no sólo las características de su tiempo, también, finco las bases para una nueva ciencia, la ciencia política:

“Maquiavelo comienza a inventar la ciencia política en el momento mismo en que reconoce en los hechos de los hombres una forma especial de actuar que se relaciona de modo perfectamente claro con la existencia del Estado”.³⁴

Esta ciencia, al igual que el Estado Moderno, surge como consecuencia de la autonomía de la política. A partir de dicha autonomía, la política se rige conforme a sus propias leyes y principios para estudiar los hechos a partir de un análisis objetivo de la realidad en la que el político se desplaza, es decir, de un examen práctico de los elementos que posee para poder actuar ante una determinada problemática. Este examen práctico de lo político provendría del tratamiento secular y objetivo que Macchiavelli denominó como “verdad objetiva de la cosa”.³⁵

Esta “verdad objetiva” permitiría al político moderno -y al politólogo, siglos más tarde- evaluar los costes, beneficios o perjuicios que puede traer consigo una decisión u acto político por parte del *príncipe*, al Estado. Por ello, si el político requiere anticiparse a un problema o conocer la solución que a este puede darle, debe estudiar con atención, los hechos, -especialmente los pasados- por medio de las lecciones que brinda la historia, porque con sus lecciones logrará lo que el médico con un enfermo, detectar y paliar las causas que ponen en detrimento la salud del Estado.³⁶

Desde este punto, el escritor florentino equipara el conocimiento objetivo e histórico del hombre de Estado con la formación científica que recibían los médicos de la Época Moderna, al grado de concebir al Estado como un organismo vivo

³⁴ Córdova, Arnaldo, “Maquiavelo. La invención de la ciencia política” en *Sociedad y Estado en el Mundo Moderno*, 2ª ed., Grijalbo, México, 1976, p. 99.

³⁵ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XV, p. 51

³⁶ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. III, p. 10

compuesto por tres *humores*: el de los notables, el del pueblo³⁷ y el militar.³⁸ Estos *humores*, de acuerdo a la medicina hipocrática, si estaban en desequilibrio podrían alterar la salud del cuerpo hasta llegar a la muerte. En política, del equilibrio de estos tres *humores* dependía la salud del Estado, por la que debía velar el político moderno igual que un médico, detectando y curando los males que aquejaban al cuerpo político antes de perder el poder o el Estado.

Tenemos entonces, que la comprensión de lo político en Macchiavelli, se caracteriza por tres cualidades: 1) por su autonomía, al comprender la política como un campo que se rige bajo sus propios principios seculares, 2) por su realismo, al pugnar por una política práctica que se sustente en las condiciones y elementos que configuran un Estado en un momento específico, 3) por su carácter científico, al comprender lo político como un conocimiento que tiene su propia metodología histórica, al basar sus postulados en los hechos pasados, con la que se podrán prever como resolver, los males del Estado.

Sin embargo, los instrumentos que debe utilizar el político moderno para curar o detectar los males que pueden enfermar a su Estado, no se limitan a la objetividad e historicidad de los hechos, también le será necesario: conocer y dominar la naturaleza humana, enfrentar la fortuna con virtud e impetuosidad, además de practicar y dominar el *Arte de la Guerra*, aspectos que trataremos en el siguiente capítulo.

³⁷ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. IV, pp. 267-268.

³⁸ “(...) si en los restantes principados tan sólo se ha de contender contra la ambición de los notables y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se las veían, además con un tercer obstáculo: tener que soportar la crueldad y codicia de los soldados [...]”. (Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XIX, p. 64)

D) Conclusiones del capítulo

Múltiples y agudos fueron los cambios sociales, económicos y políticos que presencio el escritor florentino. Cambios que, pese a su carácter renacentista o reformista, sirvieron a Macchiavelli para alimentar su obra y su pensamiento político. De tal forma, que la síntesis de sus experiencias como Secretario florentino, sus lecturas del mundo antiguo y su apasionada convicción política por rescatar a su patria del abismo al que la habían condenado los príncipes corruptos, tuvo por resultado, la materialización de un pensamiento original, crítico, y novedoso.

Pensamiento que adquirió semejantes características al pugnar por una política realista y autónoma.

Realista, al comprender que la política, lejos de ser una actividad pecaminosa, es una senda fértil (para cambiar los rumbos que ha tomado el Estado o el poder, en un determinado momento) aunque versátil, pues exige del político: coraje, decisión y tenacidad para soportar y triunfar sobre las cruentas y violentas dificultades que se le presenten, aún si éstas exigen el uso y despliegue de la guerra.

Autónoma, al desprender lo político de la moral y de la religión, tras considerar que los espacios como los asuntos que trata la política, requieren de una serie de elementos terrenales, viables y comprobables, que han de partir como se dijo anteriormente, de un estudio histórico de la realidad. Elementos o principios, que estarán en continúa confrontación con aquellos por los que pugna la moral en un sentido filosófico, pues el hombre de Estado, en aras de obtener el poder político no observará otros medios o principios que los que él mismo se trace. Lo cual quiere decir, que el político estará sujeto únicamente, a los principios morales que se dicte para sí mismo, y no, a los principios de una moral general, que presuma un inalcanzable “bien común”.³⁹

Por lo anterior, dado que la política es una actividad terrenal, versátil, cruda, conflictiva, y a veces, hasta corrupta,⁴⁰ Macchiavelli autonomiza esta esfera de la moral y la religión, otorgándole un espacio propio, (además de una metodología

³⁹ R. Aramayo, Roberto; “2. De Maquiavelo al Maquiavelismo: El divorcio entre lo moral y lo político”, en “II. Las Laisions Dangereuses entre la moral y lo político, o la quimera del filósofo rey” en Aramayo, R. & Villacañas, José Luis (comp.) *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, FCE, Madrid, 1999, pp. 51-64

⁴⁰ Salazar Carrión, Luis; “Cap. V Maquiavelo y el nacimiento del pensamiento político moderno”, en “2. Las Razones de Maquiavelo”, en *Para Pensar la política*, Biblioteca Signos N° 35, La Lección de los Clásicos, UAM-Iztapalapa, México, 2004, p. 144

histórica) que se rige y se comprende, en función de los medios y los fines que persiga el moderno hombre de Estado.

Capítulo II

Conceptos teórico políticos y teórico militares de la obra de Macchiavelli

“Maquiavelo jamás afirmó que fueran sus ideas o sus propósitos los de cambiar el mismo la realidad, sino única y concretamente, los de mostrar cómo deberían haber actuado las fuerzas históricas para ser eficientes”

Gramsci, A. Notas sobre Maquiavelo, la política y el Estado Moderno.

En este segundo capítulo estudiaremos los conceptos de la teoría política y militar de Macchiavelli con el propósito de ubicar y estudiar las características de la política moderna a través de sus sujetos principales: el político, la guerra y el Estado.

Recordemos que, a partir de la secularidad e historicidad de su obra, el escritor florentino no sólo pugno por una política autónoma, también, discurre entorno al Estado Moderno que comenzaba a gestarse en la Francia y España del siglo XVI, con fuertes armadas, solidas instituciones y sobre todo, con un político, que a diferencia del Estado Medieval, poseía un poder concentrado que le otorgaba nuevas atribuciones.

Pero, a la par de estas atribuciones, el político moderno reunía una serie de cualidades y saberes, que estudiaremos en este capítulo a través de los conceptos de la teoría política y la teoría militar de Macchiavelli.

Por lo anterior, el presente capítulo nos permitirá comprender de forma clara y concisa el pensamiento político y militar de nuestro autor, estudiando las características del político moderno frente al Estado Moderno, lo que más tarde nos llevará a estudiar el carácter instrumental de la política y, especialmente, de la guerra por parte del soberano.

Con la finalidad de puntualizar y ordenar los contenidos de la teoría política y la teoría militar de Macchiavelli dividiremos los conceptos en dos grupos. En el primer grupo, es decir, el de los “Conceptos políticos”, incluiremos: “Saber Práctico”, “Saber Histórico”, “Naturaleza Humana”, “Virtud” y “Fortuna”. En el segundo grupo,

el de “Conceptos militares”, incluiremos: “Guerra” y tipos de “Tropas: Nacionales, Mixtas, Mercenarias y Auxiliares”.

A) Conceptos Políticos

En esta primera sección del capítulo trabajaremos con cinco conceptos centrales de la teoría política de Macchiavelli, estos conceptos son: el saber histórico y el saber práctico del político moderno, la naturaleza humana, la fortuna y la virtud.

A partir de estos conceptos, nos adentraremos en el pensamiento político de nuestro autor para identificar las características instrumentales de la política moderna, además de las cualidades, conocimientos y virtudes, que debía poseer el político moderno para adquirir, gobernar o conservar su Estado. Entre los conocimientos más valiosos con los que deberá cumplir su cometido ante su Estado, se encuentran el saber histórico y el saber práctico.

A.I) El Saber Histórico del político moderno

Desde la Baja Edad Media los humanistas como Petrarca (1304-1374), Leonardo Bruni (1369-1444) y Bartolomeo della Fonte (1446-1513), inspirados en la formación intelectual que recibían los hombres de Estado en tiempos de Cicerón⁴¹ situaron la historia, junto a la retórica y la filosofía moral, como los conocimientos elementales en los que debía ser instruido el hombre de Estado.

Los *studia humanitas*, nombre que recibían el estudio de estos saberes, permitirían al político gobernar su Estado con gran eficacia: la historia sería su referente más valioso para anticiparse o enfrentar determinadas problemáticas, la retórica le permitiría conducir, por medio de las palabras, a su pueblo y la filosofía moral, le serviría para establecer los principios que debían orientar tanto su acción, como la de su pueblo para preservar el Estado.

Para Macchiavelli, -ávido lector de los antiguos y admirador de los humanistas como Petrarca-, el conocimiento de los hechos pasados permitirá al político moderno: ubicar, reconocer y enfrentar los peligros que pueden llevar al Estado a su hundimiento, ya sea anticipándose a ellos, o actuando a partir de las hazañas y estrategias políticas y militares que otros hombres como: Ciro, Hierón de Siracusa, Moisés o Filipómenes, emplearon para conservar y expandir su poder. De manera que, para el escritor florentino la historia es la herramienta teórica por excelencia, con la que el político moderno adquiere la experiencia de los hechos pasados, para buscar soluciones a las problemáticas de su tiempo, ya sea en el campo político como en el militar.

En efecto, al igual que en la política, en la guerra el político moderno ha de recurrir a la antigüedad, observando y, si le es posible, adoptando las mejores características de los ordenamientos militares antiguos. Para Macchiavelli, los ejércitos más disciplinados y exitosos fueron la *falange* griega y la *legión* romana,⁴² tanto por su solidez a la defensiva, como por su ferocidad ante el enemigo.

⁴¹ Skinner, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El Renacimiento*, Sección de Obras de Política y Derecho, FCE, trad. Juan José Utrilla, México, 1985, pp. 112-113

⁴² Cfr. Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro III, p. 156

Cabe destacar, que la admiración de nuestro autor por estos ordenamientos militares obedece a dos factores, el primero, a la crisis política que devastaba Italia tras las invasiones francesas y españolas, que pudieron haberse evitado de contar, como en la antigüedad, con tropas propias y diestras en el arte militar. El segundo factor, se encuentra en los resultados que obtuvieron Roma y Grecia con su particular forma de hacer la guerra, cosa muy distinta de la mayoría de los Estados del siglo XVI, que no habían desarrollado una milicia propia y si la tenían, prescindían de las valiosas enseñanzas con la que los ejércitos antiguos se organizaron.⁴³

De igual forma, fijando la atención en los éxitos militares de los antiguos, Macchiavelli enfatizo las ventajas que la retórica podría ofrecer al político moderno para motivar a sus tropas a prestar una feroz batalla o una ordenada retirada. Las palabras, vehículo de emociones y sensaciones, servirán en la guerra, como aliciente e indicativo para organizar el ejército según el momento o las condiciones que se enfrenten.

“Con ellas se reprende, se ruega, se amenaza, se infunde esperanza, se elogia, se vitupera y se hacen todas las cosas que apagan o encienden las pasiones humanas. El príncipe o república que determine organizar una nueva milicia y mantenerla con reputación, ha de acostumbrar a los soldados a oír las arengas del general, y al general saber hablarles [...]”.⁴⁴

Así es, las emociones de los hombres, bien conducidas pueden traerle al político o al general, el éxito en batalla. De hecho, en la política el manejo adecuado de las emociones y pasiones permitirán que el político pueda apoyarse en su pueblo en momentos de tensión.

No es sorpresa, que la adopción e imitación del pasado que promueve el escritor florentino, descansa en su comprensión del hombre como un sujeto pasional que independiente a la época, es gobernado por los mismos apetitos. Lo cual quiere decir, que las acciones de un hombre antiguo pueden ser hoy imitadas,

⁴³ Entre su estudio y comparación entre los ejércitos antiguos y modernos, Macchiavelli señala únicamente al ejército suizo como modelo de virtud militar, pues adoptó buena parte de los ordenamientos antiguos. (*Ibidem*, Libro II, p. 126)

⁴⁴ *Ibidem*, Libro IV, p. 185

o incluso, superadas por las de otro hombre moderno.⁴⁵ De aquí su insistencia en que el político moderno deba leer historia, fijándose en

“(…) las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se dirigían en las guerras, examinando las causas de sus victorias y derrotas, a fin de evitar éstas e imitar aquellas. Y sobre todo, hacer como ya hicieron grandes hombres: imitar a quien, antes que él, fue digno de alabanza y de gloria, teniendo siempre en la mente su temple y su modo de actuar; como se dice hicieron Alejandro de Aquiles, César de Alejandro, Escipión de Ciro [...]”.⁴⁶

El saber histórico que debe alcanzar el político moderno, no debe limitarse, entonces, a la lectura de la historia, también, debe enfocarse en la posibilidad de imitar o retomar algunas medidas políticas y militares.

Pero, el adoptar o imitar las acciones de los grandes hombres de Estado, requiere de una serie de circunstancias que debe preparar o vislumbrar el político, a partir del saber práctico, del que nos ocuparemos a continuación.

A.II) El Saber Práctico del político moderno

Una vez que el político ha leído y comprendido las lecciones de la historia, tendrá que convertir su conocimiento teórico en un conocimiento práctico a través de una serie de acciones que le permitan cumplir o alcanzar su cometido. Para esto, necesitará ser atento observador del ambiente en el que se desplaza, es decir, de las características de su pueblo y de los territorios que comprenden su Estado.

Para conocer al pueblo, el político deberá guiarse, primero, por la tendencia natural e histórica del hombre hacia el mal, porque independiente a las épocas, o a los cargos que los hombres ostenten, siempre estará presente su egoísmo e individualismo,

“Según demuestran cuantos escritores se han ocupado de la vida civil y prueba la historia con multitud de ejemplos quien funda un Estado y le da leyes debe suponer a todos los hombres malos y dispuestos a emplear su malignidad natural siempre que la ocasión lo permita. Si dicha propensión está oculta algún tiempo, es por

⁴⁵ Cfr. Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. XXXIX, p. 356

⁴⁶ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XIV, p. 49.

razón desconocida y por falta de motivo para nosotros; pero el tiempo, maestro indiscutible de todas las verdades, la pone pronto de manifiesto [...]”.⁴⁷

Consciente de la maldad del hombre, el político moderno podrá anticiparse a los deseos de sus gobernados y sus enemigos, ganándose en medida lo posible, el afecto de los primeros, para defenderse de los segundos.

Luego de contemplar la tendencia del hombre hacia el mal, el político deberá investirse de las actitudes o virtudes que su pueblo confiere a un gran dirigente, porque a partir de estas cualidades logrará contentar a su pueblo y tenerlo siempre de su lado.

En cuanto a su territorio, el político deberá ejercitar sus capacidades físicas como estratégicas a la par de las de sus tropas, recorriendo su Estado para identificar los diferentes escenarios en que puede presentar batalla y practicando en estos, diversas estrategias o tácticas, a partir de simples ejercicios, como la caza.

“Ese conocimiento es útil por dos razones: en primer lugar, se aprende a conocer el propio país, lo que puede facilitar su defensa; después, porque el conocimiento y la familiaridad con estos lugares le facilita la comprensión del nuevo sitio que haya que inspeccionar, dado que los otros, los valles, las llanuras, los ríos y las ciénegas existentes, (...) guardan cierto parecido con las de otras regiones, hasta el punto que el conocimiento del relieve de una región facilita el de las demás [...]”.⁴⁸

Pero este conocimiento sobre las pasiones humanas o sobre sus territorios, además de permitirle vislumbrar el peligro, lo prepara para enfrentarle y contenerle en caso de que este se presente. De tal manera que frente a una invasión extranjera, una conjura o una revuelta al interior de su Estado el político sabrá actuar, amoldando sus medios -la guerra, la diplomacia, la mentira, la liberalidad, la justicia o la crueldad- a sus fines -el poder y el Estado-.

“Y en las acciones de los hombres, y más aún en las de los príncipes, cuando no hay tribunal al que recurrir, lo que cuenta es el fin. Trate, por tanto, un príncipe de vencer y conservar el Estado: los medios siempre serán juzgados honrosos y

⁴⁷ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. III, p. 265.

⁴⁸ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XIV, p. 49

encomiados por todos, pues el vulgo siempre se deja llevar por la apariencia y el resultado final de las cosas, y en el mundo no hay más que vulgo, [...]”.⁴⁹

Por lo anterior, el saber práctico del político moderno, no será otra cosa que la destreza y tenacidad de poner en práctica métodos o estratagemas antiguas, imitándolas o adoptándolas al contexto político o militar del momento.

Sin embargo, los conocimientos teóricos como prácticos de lo político, son la antesala de un conjunto de cualidades de las que el político moderno deberá hacerse, puesto que la política moderna requería de un personaje que pudiese conducir con maestría tanto a su pueblo como a sus tropas. De las cualidades que deberá poseer el político para gobernar a su pueblo y mantener su poder, nos ocuparemos a continuación con los siguientes tres conceptos: naturaleza humana, fortuna y virtud.

A.III) Naturaleza Humana

En la teoría política de Macchiavelli el estudio del comportamiento humano, está enraizado en un poderoso pesimismo antropológico, es decir, en una consideración negativa o malvada de los hombres. Consideración por cierto, contraria a los valores cristianos del hombre del Medievo.

De acuerdo con la visión eclesiástica y moral del Medievo, el hombre es un ser piadoso y bondadoso que dirige sus acciones de acuerdo a los preceptos de un orden divino. Este orden divino promovía el buen comportamiento del hombre, para que éste pudiera lograr una recompensa al final de su vida terrenal. Pero, si obraba en contra de este orden: celebrando el paganismo, alejándose de la senda moral dictada, y alimentando sus pasiones, -consideradas pecaminosas- sólo se haría acreedor a un castigo eterno. Por ello, temeroso del castigo y esperanzado en obtener una recompensa en la eternidad, el hombre del medievo mantenía una vida apegada a los lineamientos de la iglesia: prefiriendo la frugalidad, despreciando los

⁴⁹ *Ibidem*, Cap. XVIII, p. 60

bienes terrenales y obedeciendo al Papa, antes que al soberano, puesto que el Papa, siendo el *Vicario de Cristo*, era la máxima autoridad política y eclesiástica.

En cambio, para el escritor florentino, el hombre es un ser malvado, egoísta, voluble y ambicioso⁵⁰ porque cualquiera que sea su condición: civil, militar o política, perseguirá sus propios deseos e intereses, sin importar el costo que ello suponga, al grado, de otorgar más importancia a la consecución de sus designios, que a Dios o la muerte de un padre.⁵¹

Consciente de este carácter innato y riesgoso de las pasiones, Macchiavelli recomienda al político, adquirir fama para manejar a sus súbditos a su conveniencia. Dicha fama deberá ser atemperada entre el miedo y el amor, porque quien utiliza en extremo uno u otro, edifica su propia ruina.

Pero, si el político abra de elegir entre ser amado o temido, deberá optar por lo segundo, porque los hombres están dispuestos a colaborar en los buenos tiempos, pero en los adversos abandonan a su jefe, por lo que el miedo al castigo les infundirá el valor suficiente para cumplir con las órdenes del político.

“Y los hombres tienen menos miramientos para perjudicar a quien se hace amar que a quien se hace temer, porque el amor se mantiene merced al vínculo de la obligación, que la mezquindad de los hombres rompe siempre que está en juego la propia utilidad, en tanto al temor lo mantiene el miedo al castigo, del que nunca te lograrás desprender [...]”.⁵²

Aunque el miedo puede ser un recurso poderoso, en exceso sólo traerá el odio, punto débil que puede aprovechar un tercero, exacerbando la ira del pueblo para hacerse del Estado. En cambio, si el político mantiene a raya a su pueblo sin llegar al odio, podrá disponer de su fuerza tanto en la guerra, como en la paz.

En efecto, si el político mantiene felices a sus súbditos, esto es, sin oprimirles con hambre o crueles castigos y otorgándoles beneficios que favorezcan la consecución de sus designios, podrá conservar su Estado.

⁵⁰ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XVII, p. 56.

⁵¹ *Loc. cit.*

⁵² *Loc. cit.*

De igual forma, para mantener el Estado el político deberá contener la ambición de sus tropas, -que conforman el tercer *humor* del cuerpo político-. Para esto, le será preciso mantener una fama de cruel, porque de un hombre enérgico dependerá la obediencia y disciplina de las tropas al momento de hacer la guerra,

“Ahora bien, si el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a una multitud de soldados, le es imprescindible pasar por alto la fama de cruel, pues sin ella nunca se mantendrá unido a un ejército, ni predispuesto para la acción”.⁵³

Sin embargo, dada la variedad de intereses que convergen en un Estado, el político, además de contemplar y manejar la naturaleza humana de sus súbditos y sus enemigos, deberá aprender a modificar y alterar su propia naturaleza según el contexto, porque no podrá reaccionar igual ante una conjura, que ante una invasión militar.

Así es, Macchiavelli atribuye al político una naturaleza específica. Dicha naturaleza tendrá dos vertientes, la primera, pertenece al hombre actuando conforme a la ley, y la segunda, pertenece a las bestias, al valerse de la fuerza. Con esta doble naturaleza el político normará el comportamiento de su pueblo y con la segunda, castigarlo o defenderlo.

De acuerdo con Macchiavelli, el político, deberá adueñarse de la destreza del zorro, para huir de los peligros, y de la ferocidad del león, para mostrar la fiereza de su poder y la fortaleza de su Estado.⁵⁴

Para este fin, el escritor florentino recomienda al político tener por modelo de esta doble naturaleza, al centauro Quirón, quien mitad bestia y mitad hombre, enseñó a Aquiles a contener y emplear adecuadamente su naturaleza violenta.

“Y tener como preceptor a alguien mitad hombre mitad bestia no significa sino que un príncipe necesita saber hacer uso de una y otra naturalezas, y que la una no dura sin la otra”.⁵⁵

⁵³ *Ibidem*, Cap. XVIII, p. 59

⁵⁴ *Ibidem*, p. 58

⁵⁵ *Loc. cit.*

A pesar de que el político domine y maneja la naturaleza humana de sus gobernados evitando su odio o modificando su propia naturaleza, deberá prepararse para contener los impetuosos causes de la fortuna que pueden arrebatarse su Estado. De cómo y cuándo contener estos ímpetus, nos ocuparemos el siguiente apartado.

A.IV) Fortuna

La fortuna, es un concepto que se encuentra estrechamente ligado al concepto virtud, a partir de una antigua creencia romana que retomó y reinterpretó Macchiavelli. En esta antigua creencia el hombre enfrenta,

“(…) una lucha entre su voluntad y los caprichos de la fortuna. Los romanos habían rendido culto a la diosa Fortuna como hija del propio Júpiter. Siempre le atribuyeron gran poder sobre los asuntos humanos, retratándola con una rueda en que los destinos de los hombres giran a su capricho. Sin embargo, insistieron en que su predominio no es inexorable, pues siempre será posible cortejarla y aun dominarla para un hombre de verdadera *virtus* [...]”.⁵⁶

En efecto, para los romanos la diosa fortuna gobernaba el destino de los hombres, pero no en su totalidad, pues dependía de las acciones que estos tomaran para resistir su influjo una vez que se presentará. A las capacidades y acciones que los hombres debían mostrar y emprender para contener la fortuna, se le conoce como *virtus*.

Por el contrario, en la Época Medieval el cristianismo delegó las acciones del hombre a un segundo plano, pues el destino de cada hombre dependía de Dios. Por lo que al hombre del cristianismo le era preciso desarrollar otro tipo de virtudes con las que debía cuidar de sí mismo y de su alma para acercarse a Dios, estas virtudes serían la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Sería hasta la época moderna que, de mano del Humanismo y el Renacimiento, el hombre logró posicionarse y comprenderse a través de si y para

⁵⁶ Skinner, Quentin; *Op. cit.*, p. 118

sí mismo, desarrollando sus facultades intelectuales, artísticas y científicas para comprender el mundo.

Macchiavelli, al igual que sus coetáneos renacentistas, comprendió al hombre moderno como un ser con la facultad de esculpir su propio destino, sirviéndose de sus capacidades físicas e intelectuales. De aquí, que el escritor florentino considere a la fortuna no como una diosa a la que hay que adorar o temer, sino como una fuerza de la que es posible cuidarse, e incluso, anticiparse puesto que sólo es,

“árbitro de la mitad de nuestro obrar, pero que el gobierno de la otra mitad, o casi, lo deja para nosotros”.⁵⁷

Esto quiere decir, que para Macchiavelli la fortuna no tiene un poder total en la vida del hombre, ya que a partir de su acción, podrá afrontar y contener su poder.

La fortuna se definirá, entonces, como el conjunto de situaciones y circunstancias que externas a la voluntad del hombre, pueden alterar su vida y su futuro. Estas circunstancias pueden ser favorables, (*buena fortuna*) o bien, perjudiciales (*mala fortuna*).

La *buena fortuna*, favorece los proyectos económicos, políticos, y hasta militares de los hombres, otorgándoles -sin que estos esperen- riquezas, cargos o títulos. La *mala fortuna*, en cambio, llena de adversidades los proyectos de cualquier hombre, haciéndole perder sus posesiones, su estatus, y hasta el Estado para el político, *v.gr.* César Borgia:

“(…) a quien el vulgo llamaba duque de Valentino, adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre, y lo perdió con ella, aun a pesar de haber hecho uso de los resortes y de llevar a cabo todo cuanto un hombre prudente y virtuoso debía hacer al objeto de echar raíces en los Estados que las armas y la fortuna ajenas le otorgaron (…) y no fue culpa suya, sino de una malignidad extraordinaria y extrema de la fortuna, el que sus decisiones no lo beneficiaran [...]”.⁵⁸

⁵⁷ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XXV, p. 83

⁵⁸ *Ibidem*, Cap. VII, p. 23

Aunque la *mala fortuna* perjudicó al “Duque de Valentino”, serían sus acciones respecto a ésta, las que sellaron su destino. Porque independiente a las endebles condiciones físicas y políticas del Duque, su reputación en Italia le permitiría conservar alguna parte de sus recursos, para luego, volver recuperado y fortalecido con algún apoyo de la corte papal, o bien, de algún potentado italiano. Mas, siendo sus necesidades y sus enemigos más grandes que su juicio, optó por apoyar a un viejo enemigo, Giuliano della Rovere, quien se convertiría en el Papa Julio II en 1503.

Con la esperanza de obtener algún favor del Papa, el Duque sólo recibió persecución y muerte. Natural consecuencia de,

“quien cree que los favores nuevos hacen olvidar a los grandes personajes las antiguas injusticias [...]”.⁵⁹

Será preferible, entonces, que el político se anticipe o prepare lo más posible, a la *mala fortuna*, pues de enfrentarle por entero sin tener ningún elemento del que pueda disponer, obtendrá iguales o peores resultados que el Duque de Valentino.

Por ello, si se pretende contener o enfrentar a la *mala fortuna*, se deberá actuar con “virtud”, es decir, conforme a las facultades y medios al alcance del político, quien, atento a la “calidad de los tiempos”, esto es, a las condiciones o problemas que enfrente, cambiará o adaptará su proceder,⁶⁰ puesto que la fortuna se asemeja a los cambiantes y poderosos torrentes de un río,

“(...) que, al enfurecerse, inundan los llanos, asuelan los árboles y edificios, arrancan tierra de esa parte y se la llevan a aquélla: todos huyen a su vista, cada uno cede a su ímpetu sin que pueda refrenarlo lo más mínimo [...]”.⁶¹

El político virtuoso será, por ende, aquel que pueda enfrentar y contener, de llegar el caso, los torrentes de la fortuna. Justamente, como la fortuna es

⁵⁹ *Ibidem*, p. 27

⁶⁰ *Ibidem*, Cap. XXV, p. 85

⁶¹ *Ibidem*, p. 83

considerada por el escritor florentino como un río, sólo se podrá contener el poder de su cauce, con “diques” o “malecones”,

“(…) de forma que en próximas crecidas, las aguas discurrirían por un canal o su ímpetu no sería ni tan desenfrenado ni perjudicial”.⁶²

Estos diques no serán otra cosa, que la prevención o el cuidado que debe guardar el político ante el peligro que puede correr su Estado al descuidar su territorio, su pueblo o el *Arte de la guerra*.⁶³

La construcción y planificación, de estos “diques”, serán producto de un minucioso análisis sobre las vulnerabilidades del Estado, detectando el peligro antes de que se presente, reforzando las debilidades y reorganizando, de ser necesario, las instituciones políticas que conforman el Estado. A estas medidas preventivas, Macchiavelli le denomina virtud organizada.⁶⁴

Mas, siendo la fortuna una fuerza caprichosa y destructiva, el político deberá mostrarse ante ella no sólo con virtud, también con impetuosidad antes que con pasividad, porque con la fuerza de su carácter dominara la fortuna

“Ésta es, por cierto, mi opinión: es mejor ser impetuoso que cauto, porque la fortuna es mujer y, es necesario, si se la quiere poseer, forzarla y golpearla. Y se ve que se deja someter más por éstos que por quienes fríamente proceden. Por ello, es siempre, como mujer, amiga de los jóvenes, pues éstos son menos cautos, más fieros y le dan órdenes con más audacia [...]”.⁶⁵

Así es, del carácter que muestre el político ante la adversidad, dependerá su gloria o su fracaso ante los ojos de su pueblo, porque las acciones del político construirán su reputación; fortaleza y pilar de su poder.

Por ende, aquellos políticos que menosprecien el poder de la fortuna, perderán sus Estados. De igual forma, los perderán quienes se muestren confiados

⁶² *Loc. cit.*

⁶³ *Cfr.* Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. IV, p. 267

⁶⁴ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XXV, p. 83

⁶⁵ *Loc. cit.*

en la prosperidad de sus actos, porque la fortuna no permanece inmutable, por lo que ayer fuere motivo de dicha en un Estado, mañana sería de desgracia.

A.V) Virtud

Como se mencionaba en el apartado anterior, la virtud, es un concepto estrechamente relacionado con la fortuna a partir de una antigua creencia romana que retomó y reinterpretó Macchiavelli de una forma secular y moderna.

Al igual que con la naturaleza humana y la fortuna, el escritor florentino irrumpió con la virtud eclesiástica y moral que normaba el comportamiento de los hombres, para pugnar por una virtud secular que podía alcanzar el hombre a partir de sus esfuerzos y capacidades, y no, mediante una “gracia divina”.⁶⁶

La virtud, en su sentido maquiaveliano, se definirá como la capacidad del hombre para enfrentar y contener las situaciones externas que le presenta la fortuna. A partir de esta definición, Macchiavelli distingue entre dos tipos de virtud.⁶⁷

La primera, es la virtud política, que se encuentra en *El Príncipe* y se comprende como el conjunto de saberes y facultades de las que dispone el político para conservar su Estado ante los embates de la fortuna. Mientras que la segunda es la virtud cívica, que ubicada en los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, corresponde al pueblo y su comportamiento para conservar el Estado: siguiendo las órdenes de sus gobernantes, honrando a su patria, evitando conjuras y guerras intestinas, y al igual que en la antigua Roma, manteniendo un espíritu combativo en caso de guerra,

“Todo Estado que se encuentre armado y organizado como Roma y cuyos ciudadanos se ocupen a diario privada y públicamente en experimentar su valor y destreza en adiestrarse contra la adversa fortuna, tendrá en cualquier tiempo el mismo valor e igual dignidad que el pueblo romano; pero si vive desarmado y

⁶⁶ Skinner, Quentin, *Op. cit.*, p. 114

⁶⁷ *Ibidem*, p. 201

confiado solamente, no en su valor, sino en su fortuna, cuando esta cambie, cambiará su suerte y dará ejemplos como el de los venecianos [...]”.⁶⁸

No obstante, esta virtud cívica por la que han de trabajar los ciudadanos, debe ser cuidada y alentada por el político moderno, puesto que la responsabilidad del Estado recae mayormente en él que en el pueblo,⁶⁹ que siempre se le mostrará presto y servil si no se le oprime.

Para el escritor florentino el pueblo debe ser el objeto de cuidado y predilección de todo aquel hombre que aspire al poder o desee consérvalo, puesto que el pueblo otorga más seguridades al político que cualquier condición o personaje “notable” que pueda intervenir en la escena política.

“El que llega al principado con el apoyo de los notables se mantiene con mayor dificultad que el que accede apoyándose en el pueblo, pues sábase príncipe en medio de otros muchos que se piensan iguales a él, y a los que por ello no puede mandar ni conducir a sus anchas [...]”.⁷⁰

Por ende, siendo más ventajoso para el político apoyarse en el pueblo que en los notables, deberá trabajar por el primero a partir de una virtud moral, esto es, a partir de una serie de comportamientos que el pueblo apruebe o desaprobe en el político.

Dichos comportamientos, son estudiados por Macchiavelli a lo largo de los capítulos XVI al XIX de *El Príncipe*. Entre los comportamientos que deberá evitar el político se encuentran: la tacañería, la crueldad, el temor, la mentira, la cobardía y la desconfianza. Y entre los que debería seguir se encuentran: la liberalidad, la clemencia, el amor, el coraje, la lealtad y la fe.

Pero entre estos comportamientos existe una línea muy tenue, porque aun con buenas acciones los hombres son odiados⁷¹ y vilipendiados, sea por su caridad o hasta por su origen.⁷² Por consiguiente, si el político tuviese que seguir una lista

⁶⁸ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro III, Cap. XXXI, p. 600

⁶⁹ *Ibidem*, Libro III, Cap. XXIX “Las faltas de los pueblos provienen de las de los príncipes”, pp. 592-593.

⁷⁰ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. IX, p. 32

⁷¹ *Ibidem*, Cap. XIX, p. 65

⁷² *Cfr.* El caso de Maximino, que elevado a general tras la muerte de Alejandro fue asesinado al poco tiempo de tomar el cargo, “pues dos cosas lo hicieron odioso y despreciable: una, la humildad extrema de su origen,

específica de virtudes todo el tiempo, otro hombre poco virtuoso se haría del poder, sirviéndose de los medios que aquel despreció para conservar su posición: la tacañería, la mentira, el asesinato, la crueldad.

“Por ello necesita tener un ánimo dispuesto a girar a tenor del viento y de las mutaciones de la fortuna, y, como dije antes, a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en mal, de necesitarlo”⁷³

Mas, el uso de estas medidas poco éticas no constituyen un fin en sí mismas, puesto que son parte de la racionalidad práctica que debe mostrar el político moderno. El mal, por tanto, es sólo un medio, mas no un fin, porque el político que aspire al “poder por el poder”, es decir, sin ninguna consideración humana para obtener el gobierno de un Estado, no conseguirá la gloria o la virtud, porque ante los ojos de su pueblo será odioso, tacaño o cruel, fama que adquirió el siciliano Agatocles, tras asesinar a los senadores y a los ricos de Siracusa.⁷⁴

Aunque la fama de cruel es un elemento básico para dirigir un ejército, en la vida política puede ocasionar problemas con el pueblo, quien no tardará en derrocar al tirano que atenta contra su libertad.

Idealmente, la virtud moral del político debería apegarse a los valores antedichos, pero siendo los hombres malvados por naturaleza, la virtud moral deberá supeditarse a la virtud política, esto es, a las necesidades del político, que siendo hombre o bestia, astuto o feroz, tacaño o liberal, cruel o clemente, deberá adaptarse a los vientos y corrientes del cambiante mundo político. Situaciones o motivos que orillan al político moderno a convertirse en un simulador y disimulador hábil ante la mirada de los hombres,

“pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, pues ver es de todos, mientras que tocar es de pocos”.⁷⁵

ya que había guardado ovejas en Tracia (...) otra, (...) el exceso de crueldad practicado por sus prefectos [...]”.
(*Ibidem*, p. 67)

⁷³ *Ibidem*, Cap. XVIII, p. 59

⁷⁴ *Ibidem*, Cap. VIII, pp. 28-29

⁷⁵ *Ibidem*, Cap. XVIII, p. 59

Deberá, por tanto, acrecentar su fama con virtudes que no posee,⁷⁶ con acciones que contenten a sus gobernados, que atemoricen a sus enemigos, que ordenen a sus tropas y protejan a su Estado.

El político virtuoso será, entonces, aquel que conoce y práctica las lecciones de la historia, conoce y domina la naturaleza humana, enfrenta los torrentes de la fortuna por medio de una virtud organizada, actúa de acuerdo a una visión real y no utópica de las circunstancias mutando con ellas para conservar su poder, recurriendo para esto, a su doble naturaleza: sirviéndose ahora de la ley o luego, de la fuerza de la guerra, a través de una milicia propia, pues

“(…) sino se dispone de armas propias, ningún principado está seguro, o mejor, depende por completo de la fortuna al carecer de virtud que en circunstancias adversas lo defienda”.⁷⁷

B) Conceptos Bélicos

En los apartados anteriores conocimos el amplio campo de actividades y saberes seculares que debía dominar y utilizar el político moderno para conservar su poder. En efecto, observamos que el moderno hombre de Estado guía su comportamiento de acuerdo a preceptos históricos y prácticos, por encima de cualquier norma moral

⁷⁶ *Loc. cit.*

⁷⁷ *Ibidem*, p. 47

o teológica, para anticiparse o enfrentar, de llegar el caso, los problemas que aquejan al Estado que gobierna.

Pero, dentro de las actividades que ha de ejercer el político, la guerra requiere mayor atención y preparación. Porque la guerra, es el principal instrumento político para quien busca hacerse del poder, o bien, para aquel que busca conservarlo o incluso, ampliarlo.⁷⁸

La guerra es entonces, un instrumento que al igual que la política, debe conocer y dominar el político moderno. Para ello, deberá conocer sus modalidades, estrategias y los tipos de armas que existen, haciendo uso de la más ventajosa.

Y para conocer y comprender los procedimientos y modalidades de la guerra, nos serviremos de la teoría militar de Macchiavelli, quien comprende el ejercicio bélico como un *arte* esencial para el político y su Estado. De aquí, que el objetivo del presente apartado sea comprender y analizar la razón instrumental de la guerra y su vínculo con la teoría política de Macchiavelli, a través de los conceptos centrales de su teoría militar.

B.I) Guerra

En la teoría política de Macchiavelli, el político moderno, atento lector de las lecciones de la historia, conocedor de la naturaleza humana, impetuoso ante la fortuna, astuto zorro ante el engaño y fiero león ante sus enemigos, es también, el máximo guía y único responsable de la seguridad militar del Estado.

⁷⁸*Ibidem*, p. 48

El moderno hombre de Estado, es o debe ser, el único responsable de ejercer el mando militar, dado el alcance y efectividad del instrumento bélico,⁷⁹ pues así como puede defender o ampliar su poder, puede perderlo cuando la guerra esté en manos de un particular.

Por esa razón, Macchiavelli sostiene que la guerra es un oficio que debe permanecer en manos del Estado,⁸⁰ puesto que la historia demuestra que los Estados que así lo hicieron fueron prósperos, *v. gr.* el Imperio Romano. Mientras que aquellos ordenamientos políticos que prescindieron de este control para depositarlo en un tercero, terminaron por sucumbir ante el poder de otro hombre versado en el *arte militar*.

En cuanto arte, la guerra se comprende como un conjunto de técnicas y estrategias que el político moderno debe preparar, practicar e incluso, imitar, siguiendo a los grandes hombres y generales que guiaron con éxito a sus ejércitos.

Este arte, al corresponder únicamente al que manda, requiere al igual que en la política, de un saber teórico y de un saber práctico.⁸¹ El conocimiento teórico lo obtendrá de la lectura de la historia, especialmente, de las grandes guerras y los hombres que en ellas intervinieron y vencieron. La praxis militar, requiere en cambio, que el político y sus tropas cuenten con una organización sólida que permita hacer frente al enemigo, preparándose en su propio Estado, aprovechando los diferentes terrenos y climas de sus dominios. El conocimiento del terreno y el dominio táctico serán cruciales al momento de la batalla ya sea a la defensiva o bien, a la ofensiva.

En cuanto instrumento, la guerra puede ser de dos tipos, por ambición o por política.⁸²

La guerra que se hace por ambición, no tiene otro objeto que despojar y destruir una comunidad por completo, desde sus instituciones y gobernantes, hasta

⁷⁹ *Loc. cit.*

⁸⁰ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro I, p. 103.

⁸¹ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap XIV, pp. 48-49

⁸² Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro II, Cap. VIII, p. 431

sus ciudadanos. Este tipo guerra es ejecutado tanto por el político como por el pueblo que,

“(...) con todas la familias abandona una comarca, impulsado por el hambre o por las agresiones, y va en busca de nuevas tierras, no para dominarlas, como sucede en las guerras antedichas, sino para distribuírselas y poseerlas, matando o expulsando a sus habitantes [...]”.⁸³

Entonces, este tipo de guerra, es una guerra de aniquilación cuyo fin: la posesión de un territorio o Estado, es alcanzando con múltiples crueldades y rapacidades.

Por lo contrario, la guerra que se hace por política tiene el objetivo de acrecentar el Estado y el poder de un político sobre otro Estado, afectando, lo menos posible, la vida de los ciudadanos que en el habitan, porque resulta más sencillo gobernar a un conjunto de hombres de acuerdo a sus propias costumbres, que oprimirlos para que sigan nuevas costumbres que terminaran por aborrecer.

Quien opta por este tipo de guerra y se ha conquistado el Estado, podrá servirse de dos alternativas para conservar lo ganado. La primera es trasladar la residencia del político al nuevo Estado, porque permanecerá atento a los desórdenes apenas surjan,

“Además, el territorio no sufrirá pillaje por parte de tus subordinados, y a los súbditos complace el expedito acceso al príncipe”⁸⁴

Es correcto, si el nuevo conquistador se mantiene cerca del pueblo, le será mucho más sencillo identificar las necesidades y costumbres de estos para adaptarse en consecuencia. Y en caso de encontrar oposición por parte de los notables y no del pueblo, el político a de apresurarse y reducir su poder, bien con alguna ley o mediante algún otro proceder.⁸⁵

La segunda vía, consiste en instalar colonias dentro del Estado conquistado, puesto que apoyado en los súbditos que en ellas habiten, se permanece atento a

⁸³ *Loc. cit.*

⁸⁴ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. III, p.8

⁸⁵ *Ibidem*, pp. 9-10

los cambios. Entre las ventajas de las colonias se encuentra su bajo costo y la poca injuria que puede causar a los naturales del Estado conquistado.⁸⁶

En este ámbito, no podemos dejar de resaltar la clásica y notable la aportación de Karl Von Clausewitz (1780-1831), destacado general austriaco, que concibió la guerra como un instrumento al servicio de la política.

Para Clausewitz, la guerra constituye el último recurso político, luego de agotar las vías diplomáticas. Entonces, quienes despliegan la maquinaria militar persiguen un objetivo político que no puede ser obtenido por otro medio.⁸⁷

Pese a lo poderoso que es el instrumento militar, el político debe emplear este instrumento con tenacidad y celeridad, evaluando los beneficios y costos de los medios que deberá emplear para alcanzar sus objetivos, porque la guerra como toda actividad política conlleva un coste social y económico que no siempre están dispuestos a sufragar los políticos, sea por falta de dinero u hombres diestros. De aquí que Clausewitz refiera a que el objetivo político,

“no se convierte, por ello, en una regla despótica. Debe adaptarse a la naturaleza de los medios a su disposición, y, de ese modo cambiará a menudo por completo [...]”.⁸⁸

En efecto, las condiciones en las que se encuentre el político, así como los recursos que estén a su alcance, determinarán en gran medida, la efectividad de este instrumento.

Por ello, el político moderno deberá prepararse para la guerra con mucha antelación, leyendo historia, practicando la caza, conociendo su territorio, y ante todo, reconociendo de entre los diferentes tipos de tropas, las mejores para su Estado.

⁸⁶ *Loc. cit.*

⁸⁷ Von Clausewitz, Karl, *De la guerra*, Colección Idea Universitaria, trad. A. Díez, Idea Books, España, 1999, p. 23

⁸⁸ *Ibidem*, p. 24

B.II) Tropas

En la teoría militar de nuestro autor encontramos cuatro tipos diferentes de tropas, las mercenarias, auxiliares, mixtas y nacionales.⁸⁹ Cada una de estas tropas representa una forma diferente de hacer la guerra, es decir, de movilizar a los hombres en torno a un interés particular. Para los mercenarios este interés no será otro que el pago por sus servicios, tropas de las que nos ocuparemos a continuación.

B.II.I) Mercenarias

Las tropas mercenarias son aquellos ejércitos que son contratados por un particular para pelear en su nombre. Estas tropas, conformadas por hombres nacionales o extranjeros, dominan el arte militar y cobran por defender o atacar un Estado en particular.

El móvil o interés primordial de este tipo de tropas no es la defensa del Estado por motivos morales o nacionales, puesto que cobran al Estado una suma por sus servicios. Por ello, el uso de este tipo de tropas resultaba altamente riesgoso, puesto que era sencillo que el enemigo doblara el pago del adversario para que estas tropas abandonaran a su primer jefe, o bien, pasarán al bando contrario para hundir al primer Estado que los había contratado.

Por si fuera poco, los soldados mercenarios cobraban una alta cantidad de dinero por sus servicios, haciendo de la guerra una profesión costosa que orillaba a los gobernantes a solicitar créditos a los comerciantes para financiar sus campañas. Sin embargo, los intereses y gastos de la guerra terminaban por endeudar al Estado, al grado de declarar la quiebra, como le sucedió a Felipe II en 1557.⁹⁰

⁸⁹ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XII, p. 40

⁹⁰ NIEVAS, FABLIÁN; *Op. cit.*, p. 22

Ya fuera por sus costos o por su nula efectividad, las tropas mercenarias constituyen en la teoría militar de Macchiavelli la más riesgosa de las armas que puede emplear el hombre de Estado para hacer la guerra.⁹¹

B.II.II) Auxiliares

Pero no sólo las armas mercenarias pueden perjudicar al hombre de Estado, también, lo harán las armas que le son brindadas como apoyo o auxilio por parte de otro. Este tipo de tropas reciben el nombre de tropas auxiliares.

A diferencia de las tropas mercenarias, las auxiliares son tropas que sólo prestan su servicio de manera eventual frente a otro político, por lo cual, tampoco han de permanecer de lado del que las usa, pues se retiran una vez que se obtenga la victoria.

Empero, la victoria que se alcanza con este tipo de armas es sólo es parcial, puesto que pasado el peligro, estas tropas, fieles a su señor y no al político que en ese momento las utilizó, pueden aprovechar la ocasión para hacerse del Estado de aquel al que auxiliaron. Y ante la derrota, estas tropas les será sencillo desembarazarse de quien las dirige, ya que pertenecen a otro. De aquí, que Macchiavelli considere estas tropas, junto con las mercenarias como inútiles.⁹²

Las tropas auxiliares al igual que las tropas mercenarias ponen en jaque a quien las usa, al suponer erróneamente que los peligros de la guerra serán afrontados por terceros, a los que sólo une el oportunismo y el interés económico, mas no al Estado al que sirven.

⁹¹ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XII, p. 40

⁹² *Ibidem*, Cap. XIII, p. 47

B.II.III) Mixtas

Las tropas mixtas, no son otras, que aquellos ejércitos conformados por los propios nacionales del Estado (ciudadanos capacitados y autorizados únicamente por el Estado) y mercenarios.

El propósito del ejército mixto es convertirse en el menor tiempo posible en un ejército fuerte y bien instruido en el arte militar, puesto que cuenta con hombres suficientes para ejecutar las tácticas y las formaciones de ataque o defensa para garantizar la victoria del que las dirige.

No obstante, la articulación de un ejército poderoso no es sinónimo de un ejército fiel, dado que las tropas mercenarias permanecerán en tanto el político cumpla con su pago, o bien, cuando las condiciones en las que estas guerrean les sean favorables, ya que siempre tendrán la opción de retirarse del campo de batalla. Por esta razón, Macchiavelli consideró que el ejército francés no lograría consolidarse como un “ejército invencible”, especialmente, tras legar parte del control del ejército nacional a particulares tras la muerte de Carlos VIII.⁹³

Por ende, las tropas mixtas también ponen en riesgo el Estado, puesto que el temor de una revuelta o una conjura contra el político, permanecerá latente en tanto confié su seguridad en hombres ajenos a su Estado. Y es que la única forma de garantizar su propia seguridad es a través de sus propias fuerzas, es decir, de tropas nacionales.

B.II.IV) Nacionales

Las tropas nacionales, son aquellas que dependen únicamente del político, al estar integradas por los ciudadanos del mismo Estado al que defienden.

A diferencia de las tropas mercenarias y auxiliares, las tropas nacionales permanecerán leales al político moderno, puesto que el lazo que las une con éste, no es el dinero o el interés político, sino la fidelidad al propio gobernante.

⁹³ *Loc. cit.*

Si bien, las tropas nacionales son leales al político, sus servicios no serán gratuitos ya que serán remunerados por el Estado para el que trabajan. Esto quiere decir que las tropas nacionales, al servir al Estado, se convertirán en un recurso del que únicamente, puede disponer el político moderno para defender o expandir su poder.

Para Macchiavelli, el ejército nacional, es uno de los pilares en los que descansa el Estado, puesto que desde los tiempos de la antigua Roma a la época moderna, el ejército ha fungido como el instrumento político de expansión y defensa por excelencia.

En la época moderna, la organización de milicias nacionales por parte de Francia y España les permitió expandir su poder al interior de Italia, incluso, fuera de Europa tras la conquista de América.

Al contrario, los Estados que dependían de tropas mercenarias o auxiliares, perdieron con frecuencia su territorio y en algunos casos, su autonomía a manos de extranjeros. De aquí, que el escritor florentino censurase el uso de tropas mercenarias, puesto que el uso de éstas por parte de los príncipes italianos, sólo había traído la desgracia a su patria y a la de aquellos que no contaban con un ejército nacional,

“Los príncipes y repúblicas de ahora que para el ataque o la defensa no tienen ejército nacional deben avergonzarse de sí mismo y meditar, dado el ejemplo de Tulio, que si les falta no es por carecer de hombres aptos para la milicia, sino por culpa de ellos, que no supieron hacerlos soldados [...]”.⁹⁴

Por tanto, el político que posea un ejército propio podrá mantener o expandir su Estado, siempre y cuando, aproveche los tiempos de paz: permaneciendo atento al acontecer político y practicando tanto como le sea posible nuevas tácticas, estrategias o cualquier otro medio con el que pueda conservar su poder y su Estado,

“Modos similares a éstos debe observar el príncipe prudente, y nunca en los períodos de paz permanecer ocioso, sino con diligencia hacer tesoro de ellos para

⁹⁴ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. XXI, p. 319

poder utilizarlos en los momentos adversos, de forma que cuando varíe la fortuna lo halle en disposición de afrontarla [...]”.⁹⁵

C) Política y poder en Macchiavelli

Desde sus conceptos teóricos políticos y teóricos militares, el escritor florentino nos muestra que la política moderna no podía comprenderse bajo los mismos términos que la política del medievo, porque las necesidades del Estado requerían de un hombre con las suficientes atribuciones para responder ante las diversas problemáticas que se gestaban en la modernidad.

En efecto, ¿de qué manera lograría un político del medievo apaciguar los intereses de la naciente burguesía, si no existía una regulación arancelaria que le permitiera controlar el flujo de mercancías que ingresaban al Estado?, ¿cómo lograría imponer el orden al interior de su Estado, cuando el poder se encontraba disperso en numerosos hombres, que en cualquier momento podían asesinarle?, y ¿qué medios utilizaría para defender su Estado de una invasión militar, si las tropas que debieran defender al Estado no le pertenecían?

El surgimiento de la figura del soberano, vendrá por ello, acompañada de una serie de procesos políticos, económicos y hasta militares al interior de un nuevo Estado, que ya no podía depender de la regulación eclesiástica o de un poder divino, porque la política ha de entenderse en adelante, a partir de lo terrenal, de lo fáctico, de lo comprobable, pero sobre todo, de lo indispensable. Y siendo lo más indispensable mantener el poder y el Estado, el político moderno deberá emplear todo aquel medio que considere pertinente para mantenerle, e incluso, expandirle.

En adelante, el político deberá velar por el Estado Moderno desde dos pilares básicos, la política, con la que dirigirá a su pueblo y con la guerra, con la que ha de ordenar, expandir o defender su poder y su Estado. Por ello, el político moderno o

⁹⁵ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. XIV, p. 50

príncipe, deberá cumplir con dos roles: el de gobernante y el de estratega. Asunto del que nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

D) Conclusiones del capítulo

Son los conceptos teórico políticos y teórico militares, las nociones fundamentales del pensamiento de Macchiavelli, que comprenden a su vez, las características esenciales del realismo político.

Realismo con el que escritor florentino, además de mostrar la originalidad de su pensamiento, irrumpió con lo sostenido por grandes figuras de la religión y la filosofía, al proclamar la separación de la política. Y es que, Macchiavelli concibió la política, -a diferencia de lo proclamado por los teólogos del Medievo y los filósofos de la antigüedad- como una actividad terrenal que requería de la acción de hombres diestros: conocedores así como conductores de las pasiones, asiduos pero atentos lectores de los grandes hechos del mundo político como militar, y virtuosos, para responder ante las condiciones tempestuosas, y hasta inciertas del mundo político. Mundo, que es visto por el escritor florentino como algo cambiante y sumamente estricto, pues exige a sus “habitantes”, una serie de aptitudes y actitudes que, o bien se poseen, pero no en suficiencia o se desconocen en absoluto.

Aptitudes y actitudes, que pese a sus fines, tienen un límite en cuestión al tiempo y el espacio, es decir, a la duración, las veces y las circunstancias, en que han de emplearse o adoptarse por parte del político.

En estos términos, notamos con más claridad, que el realismo político de Macchiavelli, no es sinónimo de un pragmatismo despiadado -con el que se tilda normalmente toda su obra bajo el término de “Maquiavelismo”- sino, que tiene por objeto, orientar la acción del moderno hombre de Estado, a partir de una lógica propia, esto es, de una serie de criterios o normas,⁹⁶ que limiten el uso de ciertos medios para obtener el poder, lo cual implica que el uso de la violencia, el engaño,

⁹⁶ Salazar Carrión, Luis; *Op. cit.*, p. 148

el fraude, el asesinato o la guerra, se encuentren supeditados a momentos o espacios bien delimitados.

Por lo anterior, el realismo político de Macchiavelli, producto de su moderna interpretación de las nociones básicas de la política, revolucionó el pensamiento político, otorgándole un espacio propio a la política. Espacio, que habría de regirse bajo una serie de comportamientos que comienzan por el hombre -a quien concibe como un ser ególatra, perverso y voluble, al ser el único responsable y dueño de su destino- y terminan con la guerra, a la que comprende como un arte, un instrumento y el pilar con el que todo Estado ha de sostenerse, pues la violencia organizada y profesionalizada -pese a la volubilidad de los hombres- se muestra como un instrumento eficaz para frenar los ímpetus de unos sobre otros.

De esta forma, el escritor florentino abre una extensa y novedosa senda para teorizar y comprender lo político. Senda que no tardaría en incomodar a algunos jerarcas del viejo orden medieval, quienes mostrarían su rechazo a las tesis de Macchiavelli en más de un modo. Algunos de sus críticos, refutaron el carácter pragmático y herético del escritor florentino a través de obras cristianas, en la que se defiende la caridad y la bondad del hombre, además de su necesidad de la religión católica en la vida política como en la vida diaria.

Mas no todos desdeñaron el novedoso, fértil y original contenido de la obra de Macchiavelli, pues vieron en ésta, una senda poco explorada pero fructífera, para alimentar una teoría política mucho más elaborada.

Capítulo III

El Arte de la Guerra en la Teoría Política de Macchiavelli

“Maquiavelo fue hombre de Estado, historiador, poeta y, por añadidura, el primer escritor militar digno de mención de los tiempos modernos”

En este tercer y último capítulo de nuestra tesina, estudiaremos las características y atribuciones que debía reunir -de acuerdo con la teoría política y la teoría militar de nuestro autor- el político moderno para gobernar, conservar o expandir su Estado. Para ello, explicaremos cuáles eran sus atribuciones como gobernante y como general. Esto, con un doble propósito: 1) identificar y vincular las características esenciales de la teoría política y la teoría militar de Macchiavelli , y 2) determinar en qué forma la teoría política y la teoría militar de Macchiavelli influyeron en la moderna concepción del Estado y la política.

Por lo anterior, dividiremos nuestro capítulo en tres secciones. La primera, dedicada a estudiar la conocida figura política del *príncipe*, como antecedente teórico de lo que más tarde sería el soberano. Para esto, destacaremos sus atribuciones políticas y militares en la adquisición, conservación o expansión del poder y el Estado.

La segunda parte, estará dedicada al uso y desarrollo de la guerra conforme a los recursos y tácticas más valiosas en este ejercicio, desde el tipo de tropas que debe poseer un ejército, a las características del general que ha de dirigirlos.

Conocidas las modalidades de la guerra, estudiaremos su uso exclusivo e instrumental por parte del político moderno, es decir, del soberano. Para ello, enlistaremos las características de la soberanía, sus atribuciones y facultades, a partir del *Leviatán* del filósofo de Malmesbury, Thomas Hobbes (1588-1679). De manera que, la obra de Hobbes nos permitirá comprender y enfatizar por qué la guerra debía ser un recurso exclusivo del Estado Moderno y el soberano.

Finalizamos el capítulo, explicando como la soberanía y el Estado lograron consolidarse y diferenciarse, además, de los antiguos ordenamientos que le precedieron.

A) El príncipe, arquetipo del moderno hombre de Estado

El principado o monarquía, aparece como una de las dos formas de gobierno que integran la teoría política de Macchiavelli. Su establecimiento a diferencia de la república, obedece a una serie de factores sociopolíticos como la corrupción, la falta de libertad⁹⁷ y la desigualdad,⁹⁸ presentes en el pueblo y las instituciones que conforman el Estado.

Respecto al pueblo, cuando está corrompido obra contra su *virtud cívica*: dividiéndose en facciones y usando la fuerza para resolver sus conflictos en respuesta a la desigualdad económica que causan los “notables”.⁹⁹ En cambio, la corrupción de las instituciones¹⁰⁰ estará presente cuando éstas, sean incapaces de dirimir los conflictos para los que fueron creadas.

En momentos así, el Estado requiere de un solo hombre con un “poder regio”,¹⁰¹ que sepa conciliar intereses, frenar los ímpetus de unos para castigar a otros, renovar las instituciones y de ser necesario, atentar contra la libertad del pueblo para alcanzar la paz.

Resulta curioso, que las condiciones en las que convenía establecer esta forma de gobierno estuviesen presentes en los tiempos de nuestro autor, tanto en su patria, dividida por los intereses contrapuestos de las grandes familias y con una creciente corrupción en sus instituciones, como en Francia y España, que pese a enfrentar una corrupción en sus pueblos, habían logrado mantener sus gobiernos estables como producto del poder político que poseían los monarcas en estas naciones.¹⁰²

Por ello, siendo las condiciones tan adversas para la formación de una república italiana y gestándose en Francia y España las cimientos de un gobierno

⁹⁷ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. XVII y Cap. XVIII, pp. 309-315

⁹⁸ *Ibidem*, Libro I, Cap. LV, p. 390.

⁹⁹ *Ibidem*, Libro I, Cap. XVII, p. 311

¹⁰⁰ Cfr. Saralegui, Miguel en *Discursos...*, Libro I, Cap. LV, p. 389: “Maquiavelo señala dos niveles de corrupción, que en *Discursos*, I, XVIII o no había tenido en cuenta o no le habían parecido relevante: una es la corrupción del pueblo (común, en este caso, a Italia, Francia y España) y otra, la corrupción de las instituciones (propia de Italia)”.

¹⁰¹ *Ibidem*, Libro I, Cap. XVII, p. 315

¹⁰² *Ibidem*, p. 389

monárquico con nuevas atribuciones tanto políticas como militares, la renovación del Estado y la política hacia una moderna forma de gobierno resultaba, además de inminente, necesaria para cualquier nación que pretendiese conservar su autonomía y ampliar su poder.¹⁰³

Bajo este panorama, Macchiavelli preparó su obra más conocida *El Príncipe*, donde expondría parte de su teoría política presentado a un *príncipe* o monarca moderno, que velaría por su Estado a partir de un poder terrenal¹⁰⁴ y concentrado con el que haría frente a las exigencias y necesidades del momento. El *príncipe*, entonces, vendría a ser un antecedente directo de lo que más tarde sería el soberano, quien ejercería el poder a partir de una serie de facultades legítimas con las velaría por su Estado y su poder.

Mas, el *príncipe* a diferencia del soberano, deberá servirse de los medios que están ligados al origen de su poder, pues no podrá actuar igual en un principado al que accedió con el sólo hecho de ser hijo del *príncipe* (*principado hereditario*) que en uno que adquirió por medio de la fuerza (*principado nuevo*). Motivo por el cual, el escritor florentino estableció una clasificación de principados que expondremos a continuación.

B) Tipología de Principados

Como se dijo anteriormente, Macchiavelli estableció una clasificación de principados con el objeto de enmarcar las características por las que estos se obtienen, se gobiernan o se pierden. Esta clasificación está contenida en los primeros once capítulos de *El Príncipe*.

¹⁰³ Para estudiar y comprender el por qué Macchiavelli consideró más acorde el establecimiento de un principado que de una república en la Italia del *Cinquecento*, véase Salazar Carrión, Luis. Op. cit., p. 155. Donde se menciona que, pese a la preferencia republicana del escritor florentino, los antecedentes históricos de los gobiernos republicanos -exceptuando al romano- y las vicisitudes que sufría Italia, influyeron en la inclinación de Macchiavelli por el establecimiento de un nuevo gobierno, de corte monárquico absolutista, semejante al de Francia y España.

¹⁰⁴ Sobre la amplitud del concepto Estado, así como su importancia en la teoría política del escritor florentino véase, Echandi Guardian, Maricela, *El concepto de Estado y los aportes de Maquiavelo a la Teoría del Estado*, Costa Rica, 2008, pp. 171-172

Comenzaremos con el *principado de tipo hereditario o natural*.

De acuerdo con nuestro autor, los principados de tipo hereditario son aquellos gobiernos monárquicos que se obtienen cuando un familiar directo otorga de manera personal, la sucesión de su poder a un cercano suyo para gobernar un Estado. Dada la antigüedad de la familia que ha gobernado un Estado de este tipo, el poder se conserva con facilidad,¹⁰⁵ pues sólo dependerá del príncipe entrante cuidarse del odio del pueblo,

“Pues el príncipe natural tiene menos motivos y menor necesidad de causar daño lo que le hace ser más amado; y si vicios extraordinarios no le granjean el odio, razonable será la natural benevolencia de los suyos.”¹⁰⁶

Por lo anterior, el *principado natural* será, uno de los principados más seguros y estables al obtenerse sin necesidad de violencia o intrigas que puedan dividir el Estado. En cuanto a su mantenimiento y conservación, también se encontrará seguro al apoyarse en el pueblo, que agradecido por las acciones de pasados *príncipes* mantendrán su fidelidad con respecto al nuevo heredero, aun cuando este sea despojado de su poder.

En cambio, los *principados mixtos* se obtienen con el uso de la fuerza y las armas, como resultado de un enfrentamiento militar en que un Estado triunfa sobre otro, anexándose su territorio. Si bien, el uso de las armas constituye el medio para obtener este tipo de principado, no es así con la forma de conservarlos, puesto que las características del Estado conquistado bien pueden empalmar con el Estado que se gobierna, o por el contrario, diferir en la forma de gobierno y las costumbres de éste. Ante esta situación, Macchiavelli recomienda al *príncipe* acudir de manera inmediata, a dos medidas:

“(…) una, extinguir la estirpe del antiguo príncipe; la otra, no modificar ni sus leyes ni sus tributos. De ese modo, en muy poco tiempo, el reciente y el antiguo principado pasan a formar un único cuerpo”.¹⁰⁷

Y una vez que estas se han adoptado, dependiendo el tipo de costumbres e instituciones del principado conquistado, han de complementarse con otras

¹⁰⁵ Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Cap. II, p. 6

¹⁰⁶ *Loc. cit.*

¹⁰⁷ *Ibidem*, Cap. III, p. 8

medidas. Tres medidas a saber, que permitirán al *príncipe* conservar lo ganado sin injuriar a su nuevo pueblo: trasladar su residencia al Estado conquistado, establecer colonias dentro del Estado conquistado o terminar con las instituciones que el gobierno posee.

Al trasladar su residencia al Estado de reciente adquisición, el *príncipe* podrá anticiparse a los conflictos, y una vez surjan resolverlos con apremio y justicia. Con esto, el *príncipe* se logrará dos cosas al mismo tiempo: contener la ambición de los suyos y ganarse una buena fama ante sus nuevos ciudadanos,¹⁰⁸ que sintiéndose protegidos por el *príncipe*, se mostraran fieles y obedientes ante éste.

Por otro lado, si se opta por construir colonias dentro del Estado conquistado, el *príncipe* deberá despojar a algunos de sus tierras para instalar a otros ciudadanos dentro de éstas. Con ello, el *príncipe* asegurará su dominio dentro del territorio conquistado. Aunque al *príncipe* nuevo se le reprocharía el despojo de las propiedades de los habitantes del Estado recién conquistado, estos no representarían una seria amenaza a su poder, puesto que se encuentran dispersos y carentes de medios para atentar contra el *príncipe*. No obstante, si éste observa que el odio de los despojados se fortalece, tendrá que aniquilarlos, puesto que,

“(…) a los hombres se les mimas o se les aniquila, pues se vengan las injurias leves, ya que de las graves no puede; o sea, que la afrenta hecha a un hombre ha de ser tal que no quepa temor a su venganza […].”¹⁰⁹

Finalmente, si el *príncipe* que adquirió un Estado acostumbrado a la libertad, es decir, a un régimen republicano, deberá desbaratar toda estructura de éste: proscribiendo sus instituciones y dispersando a sus habitantes, de lo contrario perderá lo adquirido ante el furioso embate del pueblo que se levanta en nombre de la libertad y el recuerdo de mejores tiempos.¹¹⁰

Por lo anterior, la mejor forma de conservar un Estado que posee costumbres e instituciones diferentes será trasladar la residencia del *príncipe*, reduciendo o eliminando el poder de los “notables” de aquella comarca para presentarse como

¹⁰⁸ *Loc. cit.*

¹⁰⁹ *Ibidem*, p. 9

¹¹⁰ *Ibidem*, Cap. V, p. 17

único gobernante. Y en caso de que el Estado conquistado sea una república el *príncipe* deberá reorganizar o reformarlo todo, desde su forma de gobierno a las instituciones que mantienen el orden dentro del Estado adquirido, situación que requiere de su máxima tenacidad y virtud pues deberá lidiar con la resistencia que le presenten el pueblo o los notables.

Dificultades similares se encuentran también en el *principado nuevo* cuando se funda o reorganiza un Estado con un *príncipe* que también es nuevo. De acuerdo con Macchiavelli, este tipo de principados se edifican entorno a las habilidades y aptitudes del *príncipe* para dirigir y organizar a su pueblo.¹¹¹

En efecto, para adquirir este tipo de principados es menester que el gobernante posea suficientes virtudes para saber aprovechar la oportunidad que la fortuna le presente, es decir, de actuar en el momento preciso para fundar o reorganizar un Estado, de modo que pueda alcanzar el poder.¹¹²

Pero una vez alcanzado el poder, el *príncipe* deberá mantener su Estado recurriendo a la fuerza de las armas, porque al pueblo que gobierna no le bastará la variedad o veracidad de las labores con las que el *príncipe* fundó o reorganizó el Estado, porque al pueblo sólo se le persuade momentáneamente, mas no permanentemente:

“Por eso es conveniente estar dispuesto de modo que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza”.¹¹³

Para esto, el *príncipe* deberá seguir el camino de los profetas armados como Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo:¹¹⁴ sorteando los obstáculos y eliminando a todo a aquel que por temor o por odio, pudiese atentar contra su poder.

En cambio, para obtener el poder de un *principado nuevo*, los medios no se limitarán a las propias fuerzas y virtudes, también podrá accederse al poder si a un particular se le facilitan los recursos de otro *príncipe*, es decir, por medio del poder de un primero, obtiene poder un segundo. Claro, que si en un *principado nuevo*

¹¹¹ *Ibidem*, Cap. VI, p. 19

¹¹² *Ibidem*, p. 20

¹¹³ *Ibidem*, p. 21

¹¹⁴ *Ibidem*, p. 20

fundado por las propias virtudes y fuerzas de un individuo existen dificultades, éstas serán mucho mayores en un principado que no dependa de sus propias fuerzas, porque dependerá de la fortuna de un segundo para subsistir, lo que implica que si la *mala fortuna* arruina a éste, el tercero no tendrá mayores o mejores oportunidades de conservar lo que con tanta facilidad conquistó.¹¹⁵

También, endeble y poco duradero será el poder para quien recurra de continuo, a medios poco virtuosos o criminales para conservar su Estado,¹¹⁶ puesto que a pesar de la fuerza o poder del *príncipe* frente al pueblo, su comportamiento cruel y desmedido sembrará el odio y el rencor entre estos, quienes terminarán por aborrecer su figura, al grado de rebelarse contra ésta y aniquilarle. Por ello, si el *príncipe* precisa de acometer maldades o injusticias, debe procurar usarlas de golpe, sin afectar más que a los sujetos necesarios. Una vez cometidos estos actos, el *príncipe* deberá emplear métodos virtuosos o justos para gobernar y conservar su poder.¹¹⁷

El apoyo del pueblo será entonces, vital para cualquier principado, en especial para aquel que se funda a partir del favor de éste, el *principado civil*. En este tipo de principado, un particular puede adquirir el poder favorecido por el pueblo o por los notables.¹¹⁸ El apoyo del primero se obtiene como resultado de las virtudes y acciones del príncipe para defenderlo de las amenazas extranjeras y particularmente, del poderío de los notables, y viceversa, el apoyo de los notables podrá ganarse defendiendo a estos y oprimiendo al pueblo.

De acuerdo con Macchiavelli, aquel *príncipe* que llega con apoyo de los notables tendrá mayores problemas que aquel que llega con el apoyo popular, pues son los notables más ambiciosos y poderosos. De tal forma, que una vez obtengan sus beneficios prescindirán del *príncipe* actual para buscar otro dentro del mismo pueblo.

¹¹⁵ *Ibidem*, Cap. VII, p. 22

¹¹⁶ *Ibidem*, Cap. VIII, p. 30

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 31

¹¹⁸ *Ibidem*, Cap. IX, p. 32

En cambio, si el *príncipe* basa su poder en el pueblo y se apoya de algunos notables como consejeros podrá conservar sin mucha dificultad su poder, porque del pueblo puede obtener obediencia y lealtad en la guerra, sino le oprime.

“Añádase que el príncipe está obligado a vivir siempre con el mismo pueblo, mientras que bien puede actuar sin los mismos notables, siéndole posible ponerlos y quitarlos a diario, y privarles de reputación o concedérsela a su antojo”.¹¹⁹

De modo que, si el *príncipe* pretende mantener su poder debe favorecer al pueblo, procurando hacerse indispensable e imprescindible para éste, con lo que logrará afianzar la adhesión de sus súbditos en la prosperidad y en la adversidad.¹²⁰

Por último, tenemos el *principado eclesiástico* cuyo poder se asienta en la religión y se obtiene por medio de la virtud o la fortuna, pero se mantienen sin necesidad de una o de otra, incluso, sin importar las acciones del *príncipe* puesto que este ordenamiento está fundado en un principio superior y no terrenal.¹²¹

Sin embargo, en el nombre de esta razón superior el Papado en manos de Alejandro VI, adquirió tal poder, que los príncipes italianos junto con el rey Carlos, le consideraron peligroso. Cuestión que el propio Macchiavelli atribuye a los medios que utilizó este pontífice: el dinero y las armas,¹²² instrumentos o recursos que todo principado debe poseer para conservarse o expandirse.

B.I) El *príncipe*, gobernante y estratega

En el apartado anterior, pudimos apreciar que en la mayoría de los principados, las aptitudes del político son determinantes para adquirir y conservar el Estado. En efecto, apoyándose en el pueblo, sirviéndose de diversos recursos o procederes, -que pudieran ser o no virtuosos- el *príncipe* ha de gobernar su Estado y conservar su poder.

Para ello, el *príncipe* debe actuar conforme a las necesidades de su Estado, procurando en tiempos de paz evitar los vicios: el abuso del poder y la crueldad,

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 33

¹²⁰ *Ibidem*, p. 34

¹²¹ *Ibidem*, Cap. XI, p. 37

¹²² *Ibidem*, p. 38

procurando en cambio: el orden, el respeto a la ley y sobre todo, preparándose para los peligros. Para que, una vez que estos se presenten, puedan evadirse con tenacidad y astucia, o con ánimo y leonina fiereza. De manera que aun cuando el desorden, la desobediencia y la anarquía amenacen la estabilidad y la existencia del Estado, el *príncipe* logre vencer, recurriendo entonces a otros medios más inmediatos y expeditos: haciendo uso del mal, actuando contra la virtud, o bien, haciendo uso de la fuerza.

La fuerza, uno de los recursos más valiosos e imprescindibles del *príncipe*, se verá reflejada en su capacidad para ordenar y proteger su Estado, organizando y asoldando tropas nacionales diestras en el arte militar.¹²³

Sin embargo, si el *príncipe* no cuenta con tropas diestras o desconoce los mejores ordenamientos para presentar batalla, deberá recurrir -al igual que en la política- a los antiguos en busca de ejemplos que pueda seguir, imitar o adaptar, de manera que sus tropas alcancen una virtud tan notable que los enemigos teman al poder de este principado. Para esto, el *príncipe* deberá dominar el *arte de la guerra* -conociendo su territorio, practicando la caza, adecuando su cuerpo a las penalidades y previendo posibles escenarios- procurando que este arte sólo sea practicado por él o por quienes autorice, puesto que la guerra no sólo es un instrumento para conservar o expandir el poder, también lo es para que un particular deseoso de poder pueda arrebatarse el Estado.

“Un príncipe, por tanto, no debe tener otro objetivo ni más pensamiento, ni tomar otro arte como propio, aparte de la guerra, sus modalidades y dirección; pues es la única arte que concierne al que manda [...]”.¹²⁴

Por lo anterior, el *príncipe* cumplirá con un doble rol: el de gobernante y el de estratega. El primero, se verá reflejado en las labores políticas del *príncipe*, quien estará encargado de velar por el bienestar de su pueblo, conociendo las pasiones que le embargan, anticipándose a los peligros y dictando leyes para gobernarlo. Y en casos adversos, el *príncipe* será el encargado de hacer uso de la fuerza, sea

¹²³ *Ibidem*, Cap. X, p. 35

¹²⁴ *Ibidem*, Cap. XIV, p. 48

para defender el Estado de enemigos extranjeros o bien, para restablecer el orden al interior del mismo, cosa que hará recurriendo a su segundo rol, el de estratega.

El *príncipe* debe ser un diestro estratega, porque además de ser el único encargado de mantener el orden y la protección del Estado, el uso de la fuerza demanda un conocimiento teórico y práctico del arte militar. Arte o instrumento que por su naturaleza destructiva debe utilizarse con sumo cuidado y planificación.

De modo que, el *príncipe* que desconozca la teoría como la praxis del arte militar, descuidará a sus ejércitos y a su propio pueblo, lo que a ojos de otros príncipes lo llevará a ser considerado un *príncipe débil*.¹²⁵ Por el contrario, si el príncipe aprende a organizar, dirigir y asoldar a sus tropas será considerado un *príncipe fuerte* y peligroso ante otros que no posean igual o mayor poder que éste.

De los criterios que un *príncipe* debe observar para organizar, dirigir y asoldar a sus tropas, nos ocuparemos en el siguiente apartado.

C) La fuerza armada y el Arte de la guerra

Mencionábamos tanto en el pasado apartado como en el capítulo segundo, que si el príncipe recurría a tropas mercenarias, auxiliares o mixtas se encontraría siempre en peligro y expuesto. En cambio, si el príncipe optaba por consolidar una milicia propia, tendría mejores resultados en el campo de batalla.

Sin embargo, si el *príncipe* deseaba armar un ejército eficiente con sus propios hombres debe organizar sus talentos, su juventud y sus recursos en función de la disciplina y las órdenes que el general les dicte. De esta manera, el uso de la fuerza estaría no sólo organizado también, profesionalizado.

Dentro de la teoría militar del escritor florentino, el *arte de la guerra* se divide en cinco segmentos, que van desde la organización de las tropas -el reclutamiento, la infantería y caballería, la tecnología y armamento, la disciplina y el general que dirigirá las tropas- hasta el estudio del tiempo y territorio en que se efectúa la guerra,

¹²⁵ “Llamo príncipes débiles a los incapaces para guerrear” (Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro I, Cap. XIX, p. 317)

además de lo conveniente e inconveniente de las fortificaciones. Elementos que examinaremos a continuación.

C.I) La organización de las tropas

De acuerdo con la teoría militar del escritor florentino, la guerra, al igual que la política, se articula en torno a un fin en específico: combatir con cualquier enemigo y vencerle para obtener, conservar o expandir el poder.¹²⁶ Mas, para alcanzar un objetivo de esta especie, el *príncipe* deberá contar con una milicia propia y eficiente, que le sea fiel en todo momento, presta y obediente a cualquier instrucción, feroz en la defensa pero moderada en el ataque.

Dentro de los criterios que todo *príncipe* deberá seguir para armar y entrenar a sus hombres se encuentra el reclutamiento o *elección* de las tropas, que no será otra cosa que la selección de hombres aptos para soportar las fatigas del arte militar.¹²⁷

C.I.I) Elección o Reclutamiento

La elección de estos hombres obedecerá a cuatro criterios que Macchiavelli retomó de la antigüedad: la juventud de los hombres, su origen, sus aptitudes y su posición en el campo de batalla.

Respecto a la juventud, el escritor florentino confió que la fuerza y destreza de los ciudadanos jóvenes conformaría un ejército fuerte y ágil, porque la constitución física de estos les permitiría adaptarse con facilidad a los ejercicios militares.

Para Macchiavelli, el criterio de leva o edad ideal, para que estos jóvenes pudieran integrar las filas del propio ejército sería a partir de los diecisiete años.¹²⁸

¹²⁶ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro I, p. 110

¹²⁷ *Loc. cit.*

¹²⁸ *Ibidem*, p. 112

Una vez que se han elegido a los más jóvenes, debe el *príncipe* contemplar el origen y oficio de estos, porque aquellos hombres que se han dedicado a la guerra con anterioridad o al campo deben ser más valorados que los que carecen de experiencia o no están acostumbrados al trabajo duro. Posteriormente, deben ser considerados los hombres que previo a la guerra, se dedicaban algún otro oficio como la caza, la herrería, la carpintería o la cantería, porque sus habilidades serán aprovechadas en batalla, construyendo armas o fuertes, fijando campamentos o atendiendo algún imprevisto que requiera de su atención.¹²⁹

Aprovechando los conocimientos de unos y las habilidades de otros, el *príncipe* organizará sus tropas, preocupándose únicamente de aquellos que carecen de experiencia o habilidades específicas para la batalla. Presentándose esta situación, el *príncipe* ha de formar conjeturas y procurar que los hombres que carecen de experiencia, más que una elevada estatura o de buena condición física, cuenten con costumbres honradas,¹³⁰ porque de nada servirán hombres bravos y rudos que desobedezcan las órdenes de su *príncipe*, para dar rienda suelta a su ambición por poseer y despojar.

Finalmente, cuando el *príncipe* seleccione y organice a sus hombres de acuerdo a sus características, habilidades, experiencias y costumbres, deberá agruparlos en dos tipos de soldados: infantería y caballería. Para estos fines, el escritor florentino recomienda que los infantes procedan del campo y los caballeros, de las ciudades,¹³¹ porque como se dijo antes, las costumbres y hábitos de uno u otro serán factores que podrá aprovechar y capitalizar el *príncipe* durante la batalla.

C.I.II) Infantería y caballería

Para organizar el ejército, el *príncipe* deberá dividirlo en dos grupos: la infantería, los soldados que combatirán a pie y la caballería.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 115

¹³⁰ *Ibidem*, p. 116

¹³¹ *Ibidem*, p. 112

De estos grupos, nuestro autor menciona que el *príncipe* debe dar mayor importancia a la fuerza y destreza de la infantería, porque es esta parte del ejército la más poderosa y versátil, aun cuando el terreno donde se efectúa la guerra le sea desfavorable o cuando el enemigo le sobrepase en número. Esto, porque la infantería posee mayor precisión y libertad de movimiento que la caballería, que sólo puede presentar combate cuando no se le ha desordenado o cuando el enemigo se encuentre en campo abierto.¹³²

No por ello quiere decir que la caballería deba ser extirpada del cuerpo militar, sino que deberá emplearse de acuerdo a funciones específicas que incluyen, las descubiertas,

“(…) las correrías y devastaciones del país enemigo, para tener en continua alarma a los oponentes e interceptarle las provisiones; pero en las batallas campales, que son las operaciones principales de la guerra y el fin con que se organizan los ejércitos, su mejor servicio es la persecución del enemigo, una vez derrotado, siendo en todo lo demás muy inferior a la infantería [..].”¹³³

Una vez que el *príncipe* ha dividido el cuerpo de su ejército en estos dos grupos, deberá entrenarles, de manera que una vez en batalla, puedan resistir y ejecutar con estoicismo y presteza los trabajos de cada jornada.¹³⁴ Ante esto, Macchiavelli propone que se retomen los ejercicios que practicaban los antiguos, para que el soldado moderno como el antiguo contase con tres cualidades: velocidad, destreza y fortaleza.

La velocidad, adquirida en competencias y carreras, permitiría a los soldados desplazarse en batalla sin agotarse, ya fuera para ganar un sitio, para atacar al enemigo o para perseguirle una vez derrotado. La destreza, obtenida en la práctica con saltos, dotaría a los soldados de la condición suficiente para anticipar los movimientos de sus enemigos en batalla, además, estaría preparado para efectuar saltos en zanjas o parapetos que sirvieran de defensa al enemigo. La fortaleza, producto de la costumbre de practicar y luchar con armas más pesadas y efectuar

¹³² *Ibidem*, Libro II, p. 131

¹³³ *Ibidem*, p. 130

¹³⁴ “Aunque los soldados estén bien elegidos y mejor armados, debe cuidarse con grandísimo esmero de ejercitarlos, porque sin ello no hay soldado bueno”. (*Ibidem*, p. 132)

rudos trabajos, harían que los soldados estuviesen habituados a transportar pesadas cargas durante la batalla, en las que debería incluir los propios pertrechos.¹³⁵

De igual forma, entre las habilidades que deberán poseer los soldados, se debe incluir la natación, puesto que

“(…) no siempre hay puentes o barcos en los ríos, y el ejército que no sabe nadar pierde muchas ventajas y ocasiones de operar útilmente”.¹³⁶

Recordemos que en la época de nuestro autor, algunas ciudades se encontraban rodeadas por fosos o ríos, o incluso, instaladas en islotes -como la ciudad de Venecia-, que impedían o dificultaban su toma por parte de cualquier posible invasor.

Para la caballería, Macchiavelli recomienda retomar, también, lo ejecutado por los antiguos, preparando a estos soldados para pelear tanto a caballo como a pie, cosa que ha de lograrse practicando con un caballo de madera, con armas y sin armas, de forma que se encuentre listo para alternar su función ante la orden de su general o conforme a las circunstancias que enfrenten.¹³⁷

Preparados para pelear en tierra o a caballo, los soldados serán armados conforme a la labor y posición que ocuparan en el campo de batalla. Para esto, el *príncipe* tendrá que valerse de las mejores armas a su alcance, recurriendo ahora a los cañones y los arcabuces, ahora a las picas y los escudos de la *legión* o la *falange*. Del uso de estas armas y la preponderancia de unas sobre otras, hablaremos a continuación.

C.I.III) Tecnología y armamento

A principios del siglo XVI, las armas y los métodos de batalla no se diferenciaban mucho de los empleados en el Medievo. Situación que se explica fácilmente por el tipo de organización económica que mantenía Europa, el feudalismo.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 133

¹³⁶ *Ibidem*, p. 134

¹³⁷ *Loc. cit.*

Acostumbrados a vivir bajo el resguardo de un señor feudal, la vida del pueblo transcurría en los castillos y fortalezas de los señores de cada región.

Desde aquel entonces, las guerras tenían por protagonistas infanterías y caballerías armadas con ballesta, arco, espada, escudo, pica y ocasionalmente, catapultas para derribar las murallas de los castillos o fortalezas feudales, que respondían a su vez, con variados objetos en catapultas: excrementos o cadáveres de animales.¹³⁸

Pese a la introducción del arcabuz en el siglo XIV, los ejércitos mantuvieron su formación, valiéndose de los instrumentos arriba mencionados. El arcabuz, aunque presente en el campo de batalla, era pocas veces empleado por las dificultades de su uso y sus ineficientes resultados en comparación con la arquería.

Ya fuera por el peso, por su poca precisión y por el largo tiempo de carga, los arcabuces no se convirtieron en el arma predilecta de los ejércitos, no al menos, hasta la segunda década del siglo XVI, cuando las tropas españolas dirigidas por Hernán Cortes demostraban su eficacia tras conquistar México.

Sería con el tiempo que el uso de los arcabuces junto con los cañones con balas de acero, sustituirán las armas tradicionales, modificando así, la forma de hacer la guerra.

No obstante, las armas modernas son apenas contempladas en la teoría militar de nuestro autor, ello, porque el escritor florentino confiaba en que la organización de la antigua Roma y Grecia, era muy superior a la moderna, tanto en sus entrenamientos como en el tipo de armas que utilizaba cada hombre en la defensa o expansión de su Estado.

En efecto, convencido del rapaz e ineficiente desempeño de las tropas mercenarias que decían pelear por Italia, y admirado del poder que habían alcanzado los españoles, pero sobre todo los suizos,¹³⁹ -con una milicia nacional

¹³⁸ NIEVAS, FLABIAN, *Op. cit.*, p. 13

¹³⁹ En los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* Macchiavelli reconoce la superioridad de los suizos, al grado de considerarles como "los maestros de la guerra moderna". (Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro II, Cap. XVI, p. 455)

que introdujo antiguos métodos para hacer la guerra- Macchiavelli insistió, que sólo una milicia nacional organizada conforme a la antigüedad podía alcanzar la gloria y la estabilidad que necesita todo Estado para asegurar su prosperidad.

Dicha prosperidad se alcanzaría, por ende, estudiando e imitando los mejores ejércitos de la antigüedad: la *falange* griega y la *legión* romana. En el *Arte de la Guerra*, Macchiavelli estableció que la superioridad de estos ejércitos se debía tanto a su organización como al tipo de armas que emplearon.¹⁴⁰

En el caso de los romanos, su superioridad se fundamentaba en las tres líneas de combate en las que dividían sus ejércitos: *astarios*, *príncipes* y *triarios*. Con esta organización el ejército podía auxiliarse, suplir las bajas y ocupar mayor terreno evitando que enemigos dividieran el ejército desde cualquier flanco. Entre las armas que empleaban los romanos se encuentran: hondas, ballestas, espadas y escudos.

La superioridad de los griegos, por otro lado, se encontraba en el espesor de su organización, resultado de su agrupación en un solo cuerpo dividido en múltiples líneas, cuyas armas eran largas picas –*sarisses*- que traspasaban cerca de seis líneas del propio ejército.

En cambio, el arcabuz y los cañones, aunque armas poderosas que podían destruir las primeras líneas del ejército, no eran lo suficientemente eficientes para derrotar a una infantería bien organizada. Al contrario, el uso de estas armas traía más desventajas para quienes las utilizaban. El ruido y el humo que estas armas provocaban al disparar generaban la confusión en los propios hombres, al grado de bloquear su vista.

No por ello, el *príncipe* debe prescindir de estas armas. Pero si piensa servirse de éstas, deberá utilizarlas con maestría y oportunidad, empleando los cañones al costado de la línea de batalla,

“(…) para que con el humo, no ciegue a los soldados del frente del ejército, cosa para mí de la mayor importancia”.¹⁴¹

¹⁴⁰ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro III, pp. 154-156

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 163

Por lo anterior, más que una mala opinión respecto a las armas modernas, Macchiavelli estableció una especie de advertencia, exhortando al uso limitado de estas armas, porque a pesar de los disparos efectuados, tarde o temprano la confrontación física entre las tropas tendría lugar, alzándose como victorioso aquel ejército que se mantuvo con disciplina y valentía frente al enemigo.

C.I.IV) Disciplina o valentía

¿Qué conviene más a un ejército, la disciplina o la valentía, la fiereza o la cautela? Sin disciplina, el ejército pelea desorganizado, de tal manera, que cada cual pelea por su cuenta.

Por otro lado, sin valentía, el ejército no puede combatir porque teme al enemigo. De manera que, aún disciplinado no podrá pelear, ni obedecer las órdenes de su general, puesto que es presa del miedo por perder la vida o la libertad a manos del enemigo.

Para nuestro autor, la una como la otra, son imprescindibles al momento de hacer la guerra. Así es, disciplina o valentía son elementos inherentes para todo aquel que se propone dirigir su ejército con éxito, puesto que de la primera dependerá el orden en que éste presentara batalla, mientras que de la segunda dependerá la resistencia ante una embestida enemiga.¹⁴²

La disciplina, de acuerdo con Macchiavelli, se define como la obediencia y presteza con las que los soldados ejecutan la guerra, frente a las órdenes de su general, que les inculco prácticas y valores ante una batalla: preparándose para derrotar al enemigo desde diversos frentes o flancos, alterando o adaptando el orden de batalla según las condiciones en las que esta se libre.¹⁴³

Entre las recomendaciones que el escritor florentino propone para lograr que un ejército esté perfectamente disciplinado y coordinado, destacan el uso de trompetas, banderas y arengas que se usaban en la antigüedad.

¹⁴² *Ibidem*, Libro V, p. 193

¹⁴³ *Ibidem*, Libro II, p. 146

Las banderas, como en la antigua Roma, indicarían el momento en que el ejército debía reordenarse, reconociendo una nueva posición o si debían permanecer o marchar. Las trompetas, no harían otra cosa que alentar e inspirar a los hombres, del mismo modo que hacía Alejandro Magno, provocando furor o enardecimiento.¹⁴⁴

Pero las arengas, a diferencia de las trompetas invocarían o contendrían el furor o la valentía de acuerdo a las instrucciones del general, quien, consciente del efecto de sus palabras, seleccionará las mejores con respecto a la calidad del enemigo, esto es, su número, sus armas o su posición, convenciendo a las tropas que aún bajo escenarios dudosos, es posible triunfar.

Entonces, el general como el *príncipe* es o debe ser consciente, que la guerra como la política, se mueve por pasiones. En efecto, siendo las pasiones un elemento a explotar o contener, el general como el *príncipe* debe ser cuidadoso con respecto al momento en que conviene alterar los ánimos, porque en el ejército de poco servirá una valentía desbocada, en la que las tropas no obedezcan por estar obstinadas en vencer al enemigo.

Por lo anterior, Macchiavelli vuelve a insistir que un ejército moderno debe imitar el ordenamiento de los romanos al depender de una férrea disciplina que permita canalizar los ímpetus de las tropas conforme a los momentos adecuados.¹⁴⁵ De otro modo, si al ejército lo domina la pasión antes que la disciplina, las fuerzas que antes bien, pudieron emplearse en una larga batalla, se agotaran cuando apenas empiece.

Y peor aún, cuando el ejército no tenga una pizca de valor frente al enemigo o alguna disciplina con respecto al orden de ataque o defensa ante su rival, sólo se podrá esperar la derrota, porque no hay modo alguno de presentar batalla y ganar, aun cuando se esté comandado por un experimentado general, porque la maquinaria militar no depende de un solo elemento, requiere que cada engranaje

¹⁴⁴ *Ibidem*, Libro IV, p. 184

¹⁴⁵ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro III, Cap. XXXVI, pp. 610-611

este bien aceitado y colocado, de forma que ante la adversidad pueda seguir funcionando.

C.I.V) El general

Decíamos anteriormente, que la maquinaria militar requiere de un buen funcionamiento para cumplir con el objetivo básico de toda guerra: derrotar al enemigo con la menor cantidad de bajas y daños posibles. Para esto, el ejército además de contar con una formación estricta y disciplinada, debe obedecer las órdenes de un general diestro.

El general, es una de las piezas centrales del engranaje militar y también del ajedrez del *príncipe*, pues con esta pieza vigilará el desempeño de sus tropas. Lo cual quiere decir, que el general posee una importancia central para la política y la guerra, particularmente si este papel es encarnado por el *príncipe*, pues correspondería a él, guiar a su pueblo y a sus tropas a la victoria.

Ya fuese una pieza más del Estado o bien, un experimentado *príncipe*, el general cubre un amplio espectro de actividades que requieren una serie de virtudes y aptitudes ante el cambiante panorama bélico. Entre sus actividades, destaca el ordenamiento y disciplina de las tropas: castigando los malos comportamientos y compensando los buenos servicios.¹⁴⁶

Pero sus funciones centrales se encuentran en la planeación del ataque o la defensa, a partir del territorio en que se efectúa la guerra.

Respecto a la primera, el general utilizará los elementos y tácticas a su disposición, conociendo en primer lugar, a su enemigo. Cosa que hará, conociendo sus costumbres, su fuerza y sus designios. Las costumbres, para encontrar algún punto débil que pueda aprovechar el general, verbigracia, su creencia en obtener mejores condiciones cuando se batalla de día que de noche, para lo que el general preparará la batalla nocturna, tomando por sorpresa al enemigo quien considerará rendirse antes que pelear al considerar esto como un mal signo.

¹⁴⁶ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro VI, p. 218

Conocer de antemano, la fuerza y los designios del enemigo permitirá que el general pueda planear una táctica específica, aumentando o disminuyendo el número de tropas en función del objetivo que espera alcanzar el enemigo. Para esto, puede disponer de un número considerable de tropas que pasen por todo su ejército, dando al enemigo completa confianza de su victoria.

Por otra parte, cuando el enemigo conoce las tácticas y el número exacto de combatientes a enfrentar, tocará al general preparar una defensa sólida, objetivo que podrá alcanzar por dos diferentes vías: negociando la paz para luego actuar de modo contrario,¹⁴⁷ esto es, fingiéndose débil o derrotado para que el oponente entre en la ciudad sin defensas y pueda ser fácilmente abatido, o dividiendo las fuerzas del enemigo,¹⁴⁸ difundiendo rumores sobre la crueldad del adversario, sobre el de sus número de tropas, o incluso, sobre la actitud del propio *príncipe* con respecto a sus tropas.

Pero lo que nunca deberá de hacer el general o el *príncipe*, será depender de fortalezas para su defensa, porque ante al influjo enemigo éstas terminan siendo “más perjudiciales que útiles”.¹⁴⁹ Esto, porque los encargados de custodiarlas pueden ser corrompidos, dejando vía libre al invasor o porque el Estado puede ser fácilmente aislado del mundo exterior, lo que implicaría hambre para el pueblo, que no tardará en rendirse y entregar a su *príncipe*.

Aún con estas observaciones, la planeación de un ataque o de la defensa estará incompleta, de no considerar el análisis del territorio en que la guerra ha de efectuarse. Así es, al general corresponde también la previsión y análisis del territorio en que sus tropas presentaran batalla. Para ello, el general considerará tres elementos: la naturaleza del terreno -árboles, cañadas, campos abiertos- los sitios para acampar¹⁵⁰ y el clima previo a la batalla.¹⁵¹

¹⁴⁷ *Ibidem*, p. 216

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 217

¹⁴⁹ Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro II, Cap. XXIV, pp. 480-485

¹⁵⁰ Maquiavelo, N., *El Arte de la Guerra*, Libro VI, p. 211

¹⁵¹ *Ibidem*, p. 221

En cuanto a la naturaleza del terreno, el general deberá ordenar a sus tropas de acuerdo a las ventajas que pueda obtener, por ejemplo, si está rodeado por árboles el general debe apostar a sus hombres detrás o arriba de estos, para cercar al enemigo y vencerlo. Respecto a los sitios para acampar, deberá elegir un lugar en que sus tropas puedan estar alerta respecto al enemigo, además de contar con la oportunidad de reabastecerse de víveres. Y finalmente, debe considerar que aunque el territorio donde se efectuará la guerra puede beneficiarle más que al enemigo, no podrá confiar en obtener la victoria cuando el clima es adverso a la batalla, y con mayor razón, cuando se encuentra en territorio enemigo, pues desconoce los sitios para guarnecerse de una tormenta o una nevada.

Si las actividades del general parecen difíciles, complejas o técnicas, la división de su poder sólo dificultaría más las cosas, pues la guerra, siendo una actividad tan precisa, requiere de un mando centralizado¹⁵² al que las tropas rindan obediencia. Y es que un ejército con dos o más generales no tiene posibilidades de triunfo, porque lo que un general considera bueno otro considera perjudicial, desarticulando con esto la disciplina de las tropas, cosa que luego derivaría en pugnas intestinas que en nada beneficiarían al *príncipe* o al Estado.

D) Ejércitos Modernos y Guerra en la formación del Estado Moderno

El pensamiento de Macchiavelli, producto de su experiencia en el campo político y militar así como de sus lecturas del mundo antiguo, pese a sus atinadas observaciones y propuestas, fue rápidamente censurado por la iglesia, desterrando su nombre como sus obras al *Índex* del Santo Oficio. Hecho, que no detuvo la lectura, consulta y crítica de sus obras, pues con Macchiavelli, se inaugura la poderosa corriente del pensamiento político moderno, que lejos de detener su cauce por censuras, irrumpió con esquemas teóricos y prácticos sobre la concepción de lo político, poniendo lo terrenal por encima de lo teológico, sirviéndose entonces, del conocimiento que ofrecía la historia y el diario acontecer de una Italia convulsa.

¹⁵² Maquiavelo, N., *Discursos...*, Libro III, Cap. XV, p. 559

De tal suerte, Macchiavelli como político práctico y teórico, comprendería la política como un espacio autónomo, secular y científico, con su propia forma de estudiar los conceptos básicos de lo político: el hombre, el poder, la guerra y el Estado.¹⁵³

Aunque el pensamiento político de Macchiavelli fue testigo y artífice al mismo tiempo, de la transformación de la política a partir de sus conceptos básicos, sería Hobbes quien, terminaría por dar solidez a la teoría política moderna,¹⁵⁴ a partir de su concepción de la soberanía y el Estado.

En efecto, el concepto de soberanía vendría a reforzar lo dicho por Macchiavelli, además de colocar el poder político del moderno hombre de Estado en cimientos jurídicos e institucionales, pues la soberanía se concibe como resultado directo de la transferencia, aceptación y sumisión voluntaria de un conjunto de hombres respecto a su fuerza, a un sujeto político que ha de tomarla para representar, construir y consolidar un Estado que procurará protección para todos.

D.I) La soberanía, secularización y centralización del poder político

Los postulados del escritor florentino fueron el ariete con el que Hobbes se abrió paso en la época moderna, conformando a su vez, una teoría política que tendría una base jurídica e institucional, pero también antropológica, concibiendo al hombre -como lo hizo Macchiavelli- como un ser egoísta y violento.

Mas, de acuerdo con Hobbes, dicha naturaleza deriva de tres causas principales de discordia: la competencia, referida a los comportamientos del hombre para hacerse de un beneficio, sin importar los medios que ello implique; la desconfianza, que lo lleva a actuar contra sus semejantes para procurar su propia defensa, como la de sus intereses; y la gloria, como el conjunto de acciones que un

¹⁵³ Bobbio, Norberto, *Estado Gobierno y Sociedad Por una teoría general de la política*, Breviarios, N° 487, FCE, trad. José F. Fernández Santillán, 5ª Reimp., México, 1997, p. 89

¹⁵⁴ Sartori, Giovanni, *La política Lógica y Método en las Ciencias Sociales*, Sección de Obras de Política y Derecho, FCE, trad. Marcos Lara, 4ª Reimp., México, 1996, p. 210

individuo ejecuta para hacerse notar ante los demás, es decir, de crearse una reputación.

Ante semejante situación de egoísmo y violencia, el hombre vive en constante lucha por su supervivencia, donde cada uno se esfuerza por obtener lo que otro desea. En ese mundo tan hostil, las virtudes cardinales del hombre serán la fuerza, la mentira, la manipulación, la traición y el asesinato, de modo que en semejante estado nada es ni sería injusto.¹⁵⁵

Empero, aun cuando el hombre logre sobrellevar el estado de guerra, y sobrevivir algún tiempo, su existencia no será más que “solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve”,¹⁵⁶ porque el temor a la muerte violenta¹⁵⁷ y la desconfianza ante otros individuos, le impedirán establecerse en paz, para disfrutar de la vida.

Pese a este bélico y tétrico panorama, el hombre posee libertades que estarán sujetas a dos máximas, denominadas por el filósofo de Malmesbury como “Leyes Naturales”. La primera ley, tiene por objeto validar toda clase de comportamientos que le permitan al hombre salvaguardar su integridad.¹⁵⁸

Es correcto, bajo esta primera ley, el hombre, siendo un individuo egoísta por naturaleza, responde a un interés primordial: la vida antes que la muerte violenta. Pero si otros hombres como él, se esfuerzan por alcanzar la paz, debe renunciar a su fuerza al menos hasta que las condiciones en que esta se fija, dejen de ser iguales para todos aquellos que la convinieron. En esta hipotética situación, la paz ha de romperse y el Estado de guerra volverá a presentarse.

Mas siendo la paz, provechosa, fructífera y benéfica; el hombre, ha de esforzarse por mantenerla vigente, guiándose por la segunda ley de la naturaleza:

“(…) que uno acceda, si los demás consienten también, y mientras se considere necesario para la paz y defensa de sí mismo, a renunciar este derecho a todas las cosas y a satisfacerse con la misma libertad, frente a los demás hombres, que les sea concedida a los demás con respecto a él mismo [..]”.¹⁵⁹

¹⁵⁵ Hobbes, T., *Leviatán*, Cap. XIII, Parte I, p. 104

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 103

¹⁵⁷ *Loc. cit.*

¹⁵⁸ *Ibidem*, Cap. XIV, Parte I, p. 107

¹⁵⁹ *Loc. cit.*

La segunda ley, a diferencia de la primera, incorpora la renuncia al recurso de la violencia o la fuerza. Renuncia que ha de aceptarse cuando todos acepten de igual modo, ser de la misma condición: individuos que prescinden de su fuerza para buscar medios diferentes para arreglar sus diferencias y alcanzar sus intereses. Sin embargo, para procurar dichos medios legales o institucionales, al hombre le es menester consolidar un gobierno que los guíe, los modere, los proteja y los represente.

Para establecer este gobierno, Hobbes señala que el primer paso se habrá dado cuando los hombres hagan válida la segunda ley de la naturaleza y transfieran el uso de la fuerza a uno o más individuos, para gobernarlos y protegerlos de otros sujetos, en el exterior o el interior.

La transferencia, entendida como la delegación voluntaria del poder de un conjunto de hombres a un particular o particulares, marca una de las características más representativas de la teoría política del filósofo de Malmesbury, pues fundamenta el ejercicio del poder soberano en ésta, comprendiéndole como un recurso racional exclusivo del hombre. Así es, a partir su magistral exposición y diferenciación entre lo natural y lo artificial, Hobbes señala que al hombre a diferencia de los animales, -que carecen de raciocinio y pasiones- le es posible establecer una suerte de organización artificial, esto es, una organización política que responda a los intereses y pasiones de cada hombre, poniéndoles un límite que descansa en la espada, o lo que es lo mismo, en la fuerza a la que renunciaron y depositaron en otro individuo.

El artificio que crearía el hombre moderno, no sería otro que el del Estado, que en la teoría política del filósofo de Malmesbury toma forma en un *dios mortal*, también conocido como *Leviatán*.¹⁶⁰ El *Leviatán*, es una criatura de origen teológico que sirve a Hobbes de modelo para la creación de un gobierno terrenal, cuyo pilar es la soberanía que cada uno de los hombres transfirió a uno solo, el soberano.

“Siguiendo al libro [bíblico] de Job, Hobbes comparó al soberano con Leviatán, a quien Dios llamó “Rey de los orgullosos”. Sólo el más grande de los poderes terrenales puede gobernar el orgullo del hombre. El Leviatán de Hobbes también

¹⁶⁰ *Ibidem*, Cap. XVIII, Parte II, p. 141

es un Leviatán semejante ya que gobierna los espíritus de los hombres y aplasta y desarraiga las semillas del orgullo humano [...].¹⁶¹

El soberano, estaría a la cabeza de esta figura política, que garantizaría paz y defensa a cada uno de los hombres que representa, a partir de un contrato o pacto celebrado entre los hombres que renunciaron a la fuerza, para salir de su “miserable condición” y vivir de forma pacífica bajo un artificio político, pensado e implementado para atender y proteger sus designios.

Pero los caminos para ejercer la soberanía no dependen, únicamente, de un conjunto de hombres que transfieren su fuerza a otro para que los gobierne. En efecto, como veíamos con Macchiavelli los medios para obtener el poder son diversos, pero entre la diversidad de estos, siempre se encontrará presente la violencia, medio por el cual un buen número de *príncipes*, arrebataron o adquirieron el poder, para imponer un gobierno dictatorial o republicano, según conviniese a sus intereses. Para el caso de una soberanía adquirida por estos medios, Hobbes concuerda con Macchiavelli y concibe dos medios para instaurar un Estado:¹⁶² por *institución*, cuando los hombres acceden voluntariamente a delegar su fuerza a un particular para que los gobierne y por *adquisición*, cuando otro hombre usando su fuerza natural, valiéndose de la astucia o la guerra, obtiene un Estado encargándose en lo sucesivo, de gobernarle.¹⁶³

Pese a esta diferencia, los derechos y facultades de una y otra sólo varían al principio, pues las acciones del soberano para conservar o ampliar lo obtenido, estarán encaminadas a la protección de los suyos bajo similares medidas. En estos casos, la soberanía cambiaría de forma, mas no de fondo, porque al final, los

¹⁶¹ Berns, Laurens; “Thomas Hobbes” en Strauss, Leo & Cropsey, Joseph; *Historia de la Filosofía Política*, Sección de Obras de Política y Derecho, FCE, trad. Leticia García Urzúa, *et. al.*, 9ª Reimp., México, 2014, pp. 389

¹⁶² Véase, Salazar Carrión, Luis, *Op. cit.*, p. 147., para conocer una de las concepciones más eruditas en el tema, al comprender la teoría política de Macchiavelli, a partir de un proceso político, esto es, a las “fases” por las que atraviesa un Estado desde su fundación hasta su consolidación. Proceso, que inicia con “las medidas extremas, extraordinarias, incluso brutales, que son necesarias para fundar un Estado (al menos parcialmente) nuevo”, que se encuentran enunciadas en *El Príncipe*. Mientras que en los *Discursos*, se trata la política “institucionalizada y regulada, aunque expansiva, propia precisamente de la Roma republicana”.

¹⁶³ Hobbes, T., *Op. cit.*, p. 141

hombres del Estado vencido o *adquirido*, también, pactaran la derrota por temor a la muerte.¹⁶⁴

Entonces, el temor y el desgaste que conlleva un estado de guerra son alicientes para pactar un acuerdo que lleve a la paz y al buen gobierno. Una vez que se ha hecho el pacto, corresponde al soberano consolidar y legitimar sus actos por medio de una serie de condiciones jurídicas que han de acatar los súbditos. Hobbes, describe estas facultades en doce aspectos, que son únicos e inalienables a la figura del soberano.

A través de estas doce facultades, el filósofo de Malmesbury dota al soberano de un poder exclusivo y omnipotente, pues en su investidura recaen las leyes, el gobierno, la guerra y la paz. Actividades que anteriormente se encontraban disgregadas e incluso, ejecutadas por otros hombres ajenos al Estado, que terminaban mermando el poder del rey. Por ende, estas facultades también enmarcan las características con las que el poder y la política moderna habrían de entenderse en lo sucesivo, de manera que, si pretendemos comprender cómo se articuló e institucionalizó el poder soberano y el Estado Moderno, debemos observar con atención estas características esbozadas por Hobbes.

A continuación enlistamos ocho de las doce características de la soberanía,¹⁶⁵ dejando las últimas cuatro, referentes a la declaración y preparación de la guerra, para el siguiente apartado.

Primero, los súbditos, o contratantes están obligados a respetar lo pactado con la figura de poder a quien transfirieron su soberanía. Así es, según lo pactado, los hombres no pueden retractarse con el soberano para regresar al estado de guerra o cambiar la forma de gobierno, por que hacerlo, implicaría traicionarse a sí mismo, dado que el encargado de ejercer el poder refleja la voluntad de cada uno de los hombres que representa. Actuar en forma contraria a lo pactado, llevaría a los hombres a un castigo que ellos mismos se imponen.

¹⁶⁴ *Ibidem*, Cap. XX, Parte II, p. 162

¹⁶⁵ *Ibidem*, Cap. XVIII, Parte II, pp. 142-147.

Segundo, el pacto convenido entre el soberano y los súbditos es de carácter universal pero nunca particular, dado que el soberano no puede sellar acuerdos con cada uno de los hombres que gobierna, porque los intereses resultarían tan irreconciliables, que la autoridad del soberano terminaría por ser un adorno ante las tensiones que ese Estado podría padecer. En cambio, la universalidad del pacto, entendida como el resultado directo de una aspiración esencial del hombre –evitar la muerte violenta- permite establecer un gobierno único, que garantice protección y seguridad a cada uno de los súbditos que lo integran.

Tercero, si algunos de los contratantes se muestran renuentes a reconocer dicha universalidad, teniendo por injusta la autoridad del soberano, así como las acciones de éste, el soberano estará en orden al eliminar, castigar, o bien, expulsar a dichos hombres de su Estado. Razón que se encuentra constituida en el origen de su poder, la voluntad de una mayoría que le eligió soberano.

Hobbes considera que la razón de las mayorías es guía y ley para todos, aun para aquella minoría disconforme con el pacto, pues las normas que el gobierno soberano implante para el gobierno de todos, son iguales para cada uno de los hombres que conforman al *Leviatán*.

Cuarto, resulta ilógico que los actos del soberano intenten ser juzgados por los súbditos, cuando estos renunciaron a su fuerza y con ello, al derecho de determinar sobre lo que es justo o injusto. Por ello, siendo que hay un soberano que rige al resto de los hombres por autorización de éstos, sus actos estarán encaminados a la defensa o prosperidad de sus súbditos, por lo que nunca será injusto.

Quinto, si los súbditos inician una revuelta contra su señor, su proceder terminaría por arruinarlos, al formar parte del mismo orden que intentan destruir. Con estas acciones los súbditos, quienes componen el cuerpo del *Leviatán*, atacan la cabeza del mismo, provocando enfermedad y agonía a la estructura que conforman. De ahí, que si los súbditos en lugar de obediencia provocan rebelión,

cosecharan un nuevo conflicto que los llevaría de regreso al estado de guerra. Por esta razón: *Nada que haga un soberano podrá ser castigado por el súbdito.*¹⁶⁶

Sexto, será el soberano, el único encargado de dictar las normas para contento y protección de sus súbditos, siendo entonces, la única autoridad competente para determinar los medios para la paz y la defensa del Estado. Objetivo que se puede conseguir por medio de la fuerza, pero también de la razón, juzgando las doctrinas u opiniones que pudieran perjudicar la mentalidad de sus súbditos con respecto a él, a su gobierno o a su condición, sembrando en ellos dudas y temores infundados, señal directa de un Estado frágil y convulso.

“En efecto, quienes se hallan gobernados de modo tan remiso, que se atreven a alzarse en armas para defender o introducir una opinión, se hallan aún en guerra, y su condición no es de paz, sino solamente de cesación de hostilidades por temor mutuo; y viven como si se hallaran continuamente en los preludios a la batalla [...]”.¹⁶⁷

Séptimo, dado que los hombres están poseídos por poderosas pasiones, que los lleven a desear y obtener algunos bienes materiales, al soberano le es imprescindible estipular las condiciones en que sus súbditos podrán poseer y disfrutar su propiedad. Dichas condiciones estarán estipuladas en leyes civiles.

Octavo, para ejecutar dichas leyes, es menester, la existencia de un juez que pueda aplicarlas. Este juez debería ser también, el soberano, por ser la única autoridad con derecho a judicatura, es decir, facultada para emitir y modificar leyes para la salvaguarda del Estado, con las que podrá dirimir las disputas o conflictos entre sus súbditos.

Pero entre sus más importantes labores frente al Estado, Hobbes vendría a reafirmar lo que Macchiavelli había sostenido antes, la inherente e imprescindible facultad del moderno hombre de Estado para hacer la guerra, facultad, que abordaremos a continuación.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 145

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 146

D.I.I) El soberano y la guerra

Entre las páginas de *El Príncipe*, los *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio* y *El Arte de la Guerra*, Macchiavelli dejó en claro, que los medios en los que se desplaza la política no siempre son o serán los más virtuosos, porque los hombres que actúan en el escenario político tampoco lo son. Por ello, el moderno hombre de Estado no debía rechazar la violencia o la mentira como medios para alcanzar, conservar o expandir su poder. Entre estos medios el uso de la fuerza a partir de la guerra, sería el más valioso como perjudicial a sus intereses políticos, porque así como puede obtener el poder por medio de está, también por medio de la guerra podrá perderlo.

De igual forma, para Hobbes, la guerra es una de las actividades que más debe apreciar del soberano, pues es el medio con el que sostendrá lo pactado con los súbditos, procurando el orden al interior del Estado, y la defensa, ante el embate de otros soberanos. Por ello, el filósofo de Malmesbury concibe el ejercicio, preparación y declaración de la guerra en tres facultades inherentes a la soberanía, mismas que enlistamos a continuación.

Primero, la guerra es una actividad finita, tanto por la cantidad de recursos que se requieren como por las repercusiones políticas, económicas y sociales que deja a su paso. Por ello, dado los riesgos que comprende ésta actividad, el Estado deberá ser el único capaz de autorizarla y monopolizarla.¹⁶⁸ De lo contrario, el uso particular de la guerra llevaría a una serie de conflictos internos que terminarían por debilitar el Estado y devolver a los súbditos a su primitiva condición belicista y miserable.

Segundo, dado que la guerra es una actividad técnica y amplia, que requiere preparación y cadenas de mando para funcionar, toca al soberano, delegar funciones a los hombres que estarán a su servicio, esto es, eligiendo generales, consejeros y ministros.¹⁶⁹ Una vez que se han distribuido los cargos, el soberano

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 147

¹⁶⁹ *Loc. cit.*

reafirmará su posición como generalísimo, conminando a sus tropas y a sus líderes, a obedecerle y rendir cuentas por sus actos: actuando según sus instrucciones o de acuerdo a las necesidades de la patria.

Tercero, dado que el soberano tiene derecho de judicatura, podrá compensar o castigar los comportamientos de sus tropas, generales, consejeros o ministros conforme a lo estipulado en la ley. Compensaciones o castigos que además de regular el comportamiento de las tropas y ministros, permitirá al soberano identificar y alentar, a los hombres más diestros en el arte militar.¹⁷⁰

Por lo anterior, en la teoría política de Hobbes, la guerra es causa, medio y fin. *Causa*, para sellar un pacto entre hombres que transfieren el uso de su fuerza, para evitar guerras intestinas que terminen con sus vidas, dotando de soberanía a un hombre o conjunto de hombres para evitar semejante situación. *Medio*, para conservar el poder y defender a los súbditos. Y *fin*, al presentarse como un recurso que aunque debe liderar el soberano, no puede dominar en absoluto, pues la guerra comprende todo un arte, que precisa batallar en diversas condiciones, lo que obliga al soberano a dividir los trabajos bélicos a diferentes funcionarios: consejeros, ministros y magistrados, que responderán al soberano en condiciones bélicas, como en tiempos de paz.

Sin embargo, en la teoría política de Hobbes como en la de Macchiavelli, la guerra es más que un medio para conservar el poder y defender al pueblo, porque por medio de ésta, también se puede obtener y ampliar el poder, el territorio y el Estado. La guerra para ambos teóricos es entonces, un instrumento político al servicio del moderno hombre de Estado.

D.I.II) La guerra como instrumento político

La guerra, siendo una actividad exclusiva del soberano, estará encaminada a proteger a los súbditos que este gobierna, pero también, permitirá ampliar los

¹⁷⁰ *Ibidem*, pp. 147-148

poderes e influencias del soberano, quien ha de utilizarla como un instrumento letal ante otros soberanos para despojarlos de sus Estados o de sus territorios.

Este carácter instrumental de la guerra estará presente en el deseo del *príncipe* o soberano por acumular poder, riqueza o influencia dentro de otros territorios o Estados que puedan atentar contra él, ya sea por estrategia o por enemistad. Empero, antes que instrumento la guerra es un arte, que como se dijo en el segundo capítulo, requiere del conocimiento, práctica y dominio de una serie de tácticas y estrategias, que el *príncipe* o soberano se verá obligado a planificar, cuantificar y adaptar a sus objetivos y condiciones,¹⁷¹ tanto para efectuar la guerra como para sobrellevar sus posibles consecuencias.

Es correcto, dado que la guerra posee sus propias reglas, al político le es preciso discurrir entorno a la naturaleza de sus objetivos, comprendiendo que pese a su aparente garantía de éxito, la acción militar conlleva altos costes, que bien podrían reducirse si se desiste de su uso y se opta por otros medios, o bien, si espera al momento adecuado para declararla, pues la guerra no es un acto impulsivo o exclusivamente pasional, porque en su naturaleza siempre está presente la derrota del enemigo y la toma del poder político.¹⁷²

De mano de esta concepción instrumental de la guerra, Macchiavelli y Hobbes, colocaron y cimentaron las bases del Estado Moderno, cuya principal diferencia con el Estado feudal se encontraría, precisamente, en concebir la guerra como el pilar en que descansa el Estado y la ley; ley en la que descansan, a su vez: el poder económico -para acuñar moneda y establecer impuestos- y el poder político -de regular las doctrinas u opiniones bajo las cuales han de comportarse los súbditos-.¹⁷³ Pero esto no fue siempre así, la soberanía como el Estado son conceptos que provienen de una larga tradición histórica a la que referiremos a continuación.

¹⁷¹ “La guerra se debe medir con las gentes, con el dinero, con el gobierno y con la fortuna, y se debe creer que vencerá quien tenga más de estas cosas”. (Maquiavelo, N., “Discurso sobre las cosas de Alemania y el Emperador”, en *Escritos políticos...*, p. 117)

¹⁷² “La guerra (...) surge siempre de una circunstancia política, y no tiene su manifestación más que por un motivo político. Es, pues, un acto político”. (Von Clausewitz, Karl; *Op. cit.*, p. 46)

¹⁷³ Hobbes, T., *Op. cit.*, p. 148

D.II) Soberanía y Estado Moderno

La soberanía como concepto moderno es producto de una serie de conceptos que le antecedieron: *summa potestas* (potestad suprema), *summum imperium* (mando supremo), *maiestas* (majestad) y *plenitudo potestatis* (plena potencia), que hacían referencia directa a la última cede del poder político, un poder que en el feudalismo estaba descentralizado y dependía además, de una voluntad superior.

Efectivamente, en el medievo, la soberanía dependía un poder divino que recaía en lo terrenal, en el rey y en cada uno de los señores feudales que ejercían el poder político en pequeñas comarcas, por lo que en cada feudo, había un depositario de la soberanía, esto porque en dicho sistema político-económico se operaba bajo una extensa cadena de mando en la que el rey, pese a su investidura sólo poseía facultades para

“dictar la justicia en base a las leyes consuetudinarias del país. [Por lo que] además de ser *sub Deo*, era también *sub lege*, *quia lex facit regem*”.¹⁷⁴

El rey feudal no poseía pese a su investidura, una autonomía política que le permitiese obrar libremente de cualquier precepto teológico o moral, puesto que el rey debía su soberanía a una voluntad superior (*sub Deo*). De igual forma, dado que la soberanía recaía en cada señor feudal, el poder del rey estaba fragmentado. Además, pese a su lugar en jerarquía feudal y aunque poseía la facultad de juez, también era objeto de derecho (*sub lege*), sometiéndose a las mismas leyes que sus súbditos.

Ya fuese juntas o separadas, éstas características minaban el poder del rey, al depender en lo teológico, de una norma extranjera y en lo terrenal, de una ley que lo hacía vulnerable a los intereses particulares de los súbditos que gobernaba.

Es oportuno resaltar, que la soberanía, aunque hace referencia al depositario del poder político, se encuentra estrechamente ligada al concepto Estado, que

¹⁷⁴ Mateucci, Nicola; “Soberanía” en Mateucci, Nicola & Bobbio, Norberto; *Diccionario de Política*, Siglo XXI, trad. Raúl Crisafio *et. al.*, Tomo II, Letras: L-Z, México, 1982, p. 1537

también es fruto de una serie de conceptos antiguos que provienen de Grecia y Roma: *polis* y *res publica*. Conceptos que no distinguían plenamente del ejecutor del poder y la organización artificial que este tenía a su cargo, por lo que el Estado era concebido a partir del depositario del poder. Para el caso del rey en la antigua roma y lo referente a la organización política de éste, se utilizaba el término *regnum*. Por otro lado, para el caso del gobierno republicano cuyo depositario se encontraba en el senado, se utilizaba el término *civitas*.¹⁷⁵

En la antigüedad, entonces, el depositario del poder y la organización gubernamental eran consideradas una sola cosa, por lo que en ese entonces Estado o soberanía estaban fundidos en un solo aspecto: el ejercicio del poder político en una determinada población que se agrupa en un territorio en función del tiempo.

Pero en la modernidad, aunque la esencia del gobierno a través del ejercicio del poder político para organizar y defender una población en un territorio sigue siendo válida, existirá una distinción mucho más clara entre el Estado y el representante del poder político, que es resultado de los procesos de concentración del poder, y de la secularización y autonomía de la política que mencionábamos en el primer capítulo.

Así es, el Estado y el soberano ya no serán vistos como iguales, sino como una moderna diada, esto es, como conceptos aunque definidos puntualmente, se encontrarán en estrecha relación. Efectivamente, por Estado, se comprende la organización secular, artificial y territorial,¹⁷⁶ en el que se establecen estructuras de poder y obediencia, con las que los hombres serán gobernados por un soberano al que deberán sumisión, pues ejercerá el poder político de manera: *centralizada*, siendo la máxima autoridad (*summa potestas*) para determinar los medios con los que ha de expandir o proteger el Estado; *legítima*, al provenir de un pacto en el que los hombres transfieren su fuerza por voluntad propia a un particular para procurarse

¹⁷⁵ Bobbio, N., *Op. cit.*, p. 87

¹⁷⁶ A diferencia de los Estados antiguos y medievales, la totalidad del territorio que posee un Estado en sentido Moderno, comprende cada una de las comarcas y/o ciudades que antes dependían de un señor feudal que proveía protección y seguridad al pueblo.

protección; y *jurídica*, al ser la única autoridad (*supra legem*) facultada para dictar y modificar la ley (*iussum*), pero también para ejecutarla, pues posee judicatura.

A partir de entonces, la soberanía como el Estado Moderno, gracias al pensamiento político de Macchiavelli y Hobbes, se entendería en función de lo terrenal, lo institucional, lo jurídico, pero sobre todo, a través del monopolio legítimo y exclusivo de la fuerza, como el instrumento político con el que se garantiza la seguridad y el orden, para expandir el poder, o bien, para alcanzar la paz.

Paz, sin la que no hay o no puede existir, un orden o un régimen político en sentido moderno, toda vez que la tranquilidad de los hombres se altere por conflictos internos propiciados por el libre e indistinto uso de la fuerza o la violencia en cualquiera de sus formas: asesinato, sublevación, revolución o guerra civil.

E) Conclusiones del capítulo

A través de estas páginas que comprenden el capítulo tercero y último de nuestro trabajo, observamos que la teoría política de nuestro autor, es mucho más compleja, amplia y feraz de lo que pensábamos, puesto que los componentes de la misma, van desde: el análisis de la república y el principado como las formas de Estado elementales, seguido de una tipología de principados cuyo propósito es orientar al político en las distintas formas y medios de los que puede defender o ampliar su

poder, hasta concluir en el desglose y estructuración de los métodos bélicos, incluyendo la organización de las tropas y las labores del general.

Dichos elementos, bien pudieran comprenderse de manera separada, pero están unidos por un mismo propósito, la obtención del poder político. Recordemos que, para Macchiavelli no puede existir un Estado firme, donde faltan las “buenas leyes” y sobre todo, las “buenas armas”, pues las dificultades que enfrente aquel que ejerce el poder, no siempre podrán resolverse por vía diplomática o bondadosa, al contrario, las más de las veces, cuando los hombres persiguen el poder son capaces de valerse de métodos violentos, lo que obliga al *príncipe* a guardarse y anticiparse de este tipo de comportamientos haciendo uso de su naturaleza animal, esto es, haciendo uso de la violencia, a través de una milicia nacional a su servicio.

Entonces, para el escritor florentino el hilo conductor entre su teoría política y su teoría militar, se encuentra en la instrumentalización de diversos medios, para adquirir, conservar o expandir el poder, teniendo presente que la política es una actividad inestable¹⁷⁷ y a veces, violenta, pues se está en continua pugna para defender u obtener una serie de beneficios.

Conclusión, que no pasó desapercibida por el filósofo de Malmesbury, Thomas Hobbes, cuya teoría política continuó con lo establecido por el escritor florentino, llevando a nuevas alturas, la concepción de la política, el poder y la guerra, concibiendo a ésta última como parte de las doce facultades inherentes, intransferibles y legítimas del moderno hombre de Estado, que ya había vislumbrando Macchiavelli con la figura del *príncipe*, figura que sería concebida por Hobbes como el soberano, cabeza y representante absoluto del Leviatán o lo que es lo mismo, del Estado Moderno.

Por lo anterior, en este último capítulo observamos que la racionalización del poder, la autonomía de la política, el estudio de distintos tipos de principados, el análisis de los componentes bélicos y la moderna organización de los ejércitos, no sólo comprenden las partes de una teoría política y una teoría militar, también, son

¹⁷⁷ Salazar Carrión, Luis; *Op. cit.*, p. 165

las bases de la transformación, secularización, y posterior, legitimación del poder político, cuyo impacto anunció “el principio del fin”, de la política medieval, al ser el soberano, el nuevo y único sujeto depositario del poder, que ya no dependía de una autoridad extraterrenal, mucho menos, del consentimiento de terceros, pues su poder sería absoluto e inalienable al constituirse de manera legítima como resultado de un pacto entre su persona y sus súbditos, quienes de manera voluntaria, accedieron a no hacer uso del único recurso para garantizar su existencia, la violencia.

De igual forma, el Estado adquiere su caracterización moderna, diferenciándose del Estado Medieval al poseer el monopolio exclusivo de la fuerza. Monopolio nada irrelevante, pues a partir de éste, los rumbos de la política, la guerra y la propia historia de la humanidad darán un giro de ciento ochenta grados, porque otra magnitud y seriedad adquirirían los problemas de los nacientes Estados-Nación, cuya delimitación territorial, los llevaría a continuas pugnas que desembocarían en guerras más organizadas, pero cada vez, más desgarradoras.

Conclusiones Generales

Tres, son los capítulos que comprenden este trabajo, en cuyas páginas, no sólo estudiamos y afirmamos la relación del Estado y la guerra en el pensamiento político de nuestro autor. También, comprobamos porque se le concede el título de fundador de la teoría política moderna, -y padre de la Ciencia Política-, además de ubicar y resaltar, el posterior impacto de su obra en la teoría política de otro gran filósofo como Thomas Hobbes.

Resultados que se vieron reflejados en la descripción, estudio y análisis de las dos partes que comprenden el pensamiento político de nuestro autor: su teoría política y su teoría militar. Teorías, que comprenden a su vez, las partes elementales del fértil realismo político con el que Macchiavelli cambiaría, para siempre, la concepción del hombre, el poder, la política, la guerra y el Estado.

En efecto, a partir de este realismo político, cuyo origen se encuentra en la “verdad objetiva” que Macchiavelli empleó y recomendó al moderno hombre de Estado -para estudiar las acciones que otros hombres han acometido, en el mundo político, tras luchar por el poder y haber vencido- el escritor florentino logró: 1) autonomizar la política de la religión y la moral, otorgándole un espacio propio, regido por una normativa propia, que atendería, guiaría y limitaría las necesidades del político moderno como las de su Estado, utilizando para esto, una serie de instrumentos o medidas, que debían estar en correspondencia con las circunstancias a las que debería hacer frente, desde querellas al interior del Estado hasta conflictos bélicos con otros Estados; 2) fundar o colocar, los primeros cimientos de una ciencia que analizase lo político a través de una metodología secular y moderna, que tendría por centro, el estudio de la historia, ocupándose entonces, de los hechos antes que de los mundos posibles que proponían otros teóricos políticos; y 3) la apertura de la moderna senda del pensamiento político, cuya riqueza sería aprovechada por Thomas Hobbes para construir su propia teoría política y edificar, de paso, los nuevos cimientos en los que descansaría el poder político.

Cimientos que serían puestos en forma de doce cualidades inherentes y exclusivas del poder soberano, que habría de ordenar, dirigir, castigar y proteger a los súbditos, tras sellar un pacto donde consintieron y transfirieron su poder para responder por su vida de un modo violento, delegando esta responsabilidad a un soberano encumbrado por ellos.

Por lo anterior, el pensamiento político de Macchiavelli, pese a ser producto de su época, es parte de un nuevo engranaje teórico político que trascendió su propio tiempo. Y es que, tras redefinir las nociones básicas de la política,

particularmente, aquellas que refieren al uso de la fuerza, es que el escritor florentino concluye que las armas y la guerra, son instrumentos del *príncipe*, pero también, los pilares en los que descansa el Estado. Conclusión, sin la cual no puede hablarse de una política en sentido moderno, pues Macchiavelli reconoce la naturaleza beligerante de la política y los hombres, para adquirir, conservar o expandir el poder, sea despojando a otro *príncipe* de éste, defendiéndose de posibles invasores, o bien, expandiendo su territorio en a costa de otro Estado.

En efecto, sin dicha concepción, no tendrían sustento: ni la teoría absolutista del poder de Hobbes, la razón de Estado de Meinecke, la instrumentalización política de la guerra de Clausewitz, el análisis político de Gramsci, o la comprensión del Estado de Max Weber, como aquella comunidad humana que, dentro de un territorio ejerce, el monopolio legítimo de la violencia.

Por ello, es importante recalcar, que la teoría política del escritor florentino, es una senda fértil de la que se han nutrido distintos campos del saber. Y pese a los siglos que lo separan de nuestro presente, seguimos aprendiendo de ésta, pues el pensamiento político de Macchiavelli nos recuerda, que la realidad política y social, aunque estén en continuo movimiento, no están sujetas a una voluntad superior, sino a los actos que cada uno de nosotros como políticos, como sociedad o como individuos, estemos dispuestos a emprender para transformar nuestro presente, y asegurarnos, en medida de lo posible, un mejor futuro.

BIBLIOGRAFÍA

Albertoni, A. Ettore; *Historia de las Doctrinas Políticas en Italia*, BREVIARIOS, N° 429, trad. José Fernández Santillán, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Aramayo, Roberto; “2. De Maquiavelo al Maquiavelismo: El divorcio entre lo moral y lo político”, en “II. Las *Laisions Dangereuses* entre la moral y lo político, o la quimera del filósofo rey” en Aramayo, R. & Villacañas, José Luis (comp.) *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, FCE, Madrid, 1999, pp. 51-64

Attili, Antonella; *Artificium Categorías de la política moderna*, Colección Filosofía y cultura contemporánea, N° 43, Ediciones Coyoacán, México, 2009, pp. 9-98; 139-177

Berns, Laurens; "Thomas Hobbes" en Strauss, Leo & Cropsey, Joseph; *Historia de la Filosofía Política*, Sección de Obras de Política y Derecho, FCE, trad. Leticia García Urzúa, et. al., 9ª Reimp., México, 2014, pp. 377-399.

Bobbio, Norberto; *Estado Gobierno y Sociedad Por una teoría general de la política*, Breviarios, N° 487, FCE, trad. José F. Fernández Santillán, 5ª Reimp., México, 1997, pp. 86-101.

Córdoba, Arnaldo; *Sociedad y Estado en el Mundo Moderno*, 2ª ed., Grijalbo, México, 1976, pp. 69-107.

Echandi Gurdian, Maricela; *El concepto de Estado y los aportes de Maquiavelo a la Teoría del Estado*, Costa Rica, 2008.

Engels, Friederich; *Introducción a la dialéctica de la Naturaleza*, en "Marx-Engels Obras Escogidas en Dos Tomos", Tomo II, Progreso, Moscú, 1977, pp. 55-73.

González García, Monserrat Lizet; *Estado y Política en el pensamiento de Nicolás Maquiavelo: Conceptos Centrales*, Tesina de Licenciatura, UAM-Iztapalapa, México, 2004.

Gramsci, Antonio; *Obras de Antonio Gramsci, Cuadernos de la Cárcel 1: Notas sobre Maquiavelo, la Política y sobre el Estado Moderno*; tr. José M. Arico, Juan Pablos Editor, México, 1975.

Hobbes, Thomas; *Leviatán*, Sección de Obras de Política y Derecho, trad. Manuel Sánchez Sarto, 2ª ed., 16ª Reimp., FCE, 2010 pp. 100-165.

Maquiavelo, Nicolás; *Obras Selectas*, Biblioteca de Grandes Pensadores, Gredos, Madrid, 2011.

———, *Escritos Políticos Breves y Vida de Castruccio Castracani*, Seminario de Cultura Mexicana Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1991.

Mateucci, Nicola; “Soberanía” en Mateucci, Nicola & Bobbio, Norberto; *Diccionario de Política*, Siglo XXI, trad. Raúl Crisafio *et. al.*, Tomo II, Letras: L-Z, México, 1982, pp. 1534-1546.

Meinecke, Friedrich; *La idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1997, pp. 27-50

NIEVAS, FLABIÁN; “La forma de guerra en el absolutismo” en *Cuadernos de Marte*, Revista Latinoamericana de sociología de la guerra, [Año I no. 0 mayo 2010] Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales UBA-CLACSO, pp. 9-32.

Pirenne, Henri; “La transformación de la vida social desde mediados del siglo XV” en Libro IX “El Renacimiento y la Reforma”, en *Historia de Europa: Desde las invasiones hasta el siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México, 2012, pp. 373-405.

Salazar Carrión, Luis; “Cap. V Maquiavelo y el nacimiento del pensamiento político moderno”, en “2. Las Razones de Maquiavelo”, en *Para Pensar la política*, Biblioteca Signos N° 35, La Lección de los Clásicos, UAM- Iztapalapa, México, 2004, pp. 139-175.

Salazar Mallen, Rubén; “Capítulo XI” en *Desarrollo Histórico del Pensamiento Político I*, Serie Estudios 15, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 4ª ed., México, 1984, pp. 103- 112.

Sartori, Giovanni; *La política Lógica y Método en las Ciencias Sociales*, Sección de Obras de Política y Derecho, FCE, trad. Marcos Lara, 4ª Reimp., México, 1996, pp. 201-211.

Salles, Vania; "Modernidad" en Baca Olamendi, L., Bokser Liwerant, J., *et. al.*, (comp.), *Léxico de Política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000, pp. 437-443

Skinner, Quentin; *Los fundamentos del pensamiento político moderno I. El Renacimiento*, FCE, Sección de Obras de Política y Derecho, trad. Juan José Utrilla, México, 1985, pp. 111-163; 177-215.

Tzu, Sun; *El Arte de la Guerra*, Biblioteca del Oficial Mexicano, trad. Samuel B. Griffith, SDN, 1997.

Von Clausewitz, Karl; *De la guerra*, Colección Idea Universitaria, Idea Books, trad. A. Díez, España, 1999, pp. 29-66.

Villari, Pasquale; *Maquiavelo Su vida y su tiempo*, Colección Biografías Gadesa, Grijalbo, Barcelona.

Weber, Max; *El político y el científico*, Colofón, trad. Martha Johansen Rojas, 4ª Reimp., México, 2009.

Fuentes Electrónicas

García Jurado, Roberto. (2015). La teoría de la guerra de Maquiavelo. *Signos filosóficos*, 17(33), 28-51. Recuperado en 09 de enero de 2019, de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-13242015000100028&lng=es&tlng=es>

Nicolás Maquiavelo, (11 de febrero, 2011) Recuperado en 09 de enero de 2019, de <<http://elpasodelahistoria.blogspot.com/2011/02/nicolas-maquiavelo.html>>

Orti Pérez, Juan M. (2004) *La concepción de la guerra y la milicia en Maquiavelo*. Recuperado en 09 de enero de 2019, de <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4579452.pdf>>